



Eduardo Blanco Amor

LA PARRANDA

A ESMORGA

de

Lectulandia

La novela, «comenzada por una visión seminconsciente de mi infancia» dice su autor, fue escrita de un tirón, en poco más de un mes. El escritor parecía liberarse así de viejos fantasmas. Blanco-Amor concentra en ella todo un mundo marginal de prostitutas, camorristas, machos elementales y machos con corazón de mujer, en una ciudad, Auria, que podía ser cualquiera de la lastimada geografía española de principios de siglo. La parranda es la novela de un crimen, de una muerte que se espera desde el principio y que el escritor retrasa, sabiamente, bajo el celaje ritual de la lluvia, monótona, constante, interminable. Pero es también la historia de la tensión secreta de un personaje, «Milhomes» (Milhombres), que partícipe de un itinerario violento de veinticuatro horas con dos compañeros de borrachera y juerga, se arrastra hacia un previsible y violento final presidido por la muerte.

Lectulandia

Eduardo Blanco Amor

La Parranda

(A Esmorga)

ePub r1.0

pplogi 15.03.2017

Título original: *A Esmorga*
Eduardo Blanco Amor, 1959
Traducción: Eduardo Blanco Amor

Editor digital: pplogi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DOCUMENTACIÓN

Cuando era yo todavía un muchacho, seguía hablándose del asunto este entre las gentes de Auria, ciudad donde nací y donde los sucesos ocurrieron. Se contaba de muchos modos, y las coincidencias no casaban más que al final, que en todos era lo mismo.

Al ir haciéndome mozo y dar en esta lamentable manía de escribir, hablé con la gente de aquel tiempo, pregunté a unos y a otros y leí los viejos diarios locales que pude encontrar, amontonados y en desorden, en el desván del Casino de Caballeros. Este era el centro de reunión de las «fuerzas vivas» y de los comerciantes maragatos que, por ser todos ellos denodados jugadores de mus y de codillo, carecían de pasión por las crónicas locales capaces de convertirse en historia o en literatura, y estaban, asimismo, privados de toda propensión a cualquier ordenamiento coleccionista que fuese más allá de sus contabilidades y expedientes.

Un tío mío que había sido «ministro» del Juzgado —entonces se les llamaba con este deprimente nombre a los alguaciles— no quería nunca, al menos de modo espontáneo, referirse al asunto, a pesar de su fama de insigne hablador, y tal vez porque era entre los sobrevivientes, el que más sabía. Solo cuando me vio mozancón más bien grave que andaba en tratos con libros gruesos —a pesar de que mis padres me habían destinado al honrado gremio de los ebanistas— y que alternaba con los señoritos estudiantes, que me fue diciendo, poco a poco, como quien se desprende de un capital, lo que había oído y visto de esta tristísima historia de los tres parranderos famosos.

Por aquel entonces mi tío era ya hombre provector y le marraba la memoria; además tartamudeaba de vejez, después de haber sido tantos años muy querido y valeroso parlanchín en tabernas y corrillos. Para excitarle el ánimo y alegrarle las fuerzas tuve que pagarle innumerables jarras de vino, llevándole muchas tardes de invierno a tomar el sol por la carretera de las Granja, cuyas tascas olorosas al buen morapio del país mitigaban la melancolía de los jubilados. Encaraba yo todos estos sacrificios porque quería hacerme con la parte viva de los sucesos que los yertos papeles procesales —que también consulté—, con su prosa nasal y sus consabidas tergiversaciones, no me daban; o que las fantasías, ya tradicionales, de los relatos del pueblo me daban en demasía.

También tuve que valerme del *Tijeradeoro*, que era un sastre, hijo de otro sastre, que había sido compañero de aguja del *Milhombres*, a quien el lector conocerá inmediatamente y odiará —creo yo, porque en esto hay gustos— para el resto de su vida. Por lo visto, el padre de este segundo sastre, ya de viejo, no hacía más que hablar del caso. Lo contaba de unas veinte o treinta maneras, según el humor que le acometiese durante su desarrollo, pero siempre con un entusiasmo tan personal y contiguo como si en lugar del coetáneo, de simple coetáneo como tantos otros que habían asistido, hacía ya medio siglo —pues en mi pueblo las gentes viven con

tremenda obstinación—, a los sucesos, hubiese sido uno de los protagonistas; cosa de todo punto imposible, como luego se verá. Por todo ello los testimonios de segunda mano, aunque mejor sería decir de segunda aguja, de esta documentalmente hablando, por excesivamente imaginativos y detallistas, como casi siempre ocurre con los testimonios de los sastres, que adolecen de la minuciosidad ornamental y de preciosismo sedentario propios del oficio.

Con que, atrapando de aquí y de allá, y cavilando por mi cuenta, en vista de ciertas deducciones olfateadas en los caracteres entrevistados, me puse ahora a escribir esta crónica, a casi cuarenta años del tiempo en que reuní tan vaporosa documentación y a casi noventa del suceso mismo. De este modo será forzoso que se resienta de algunas fallas en lo tocante a la verdad objetiva, aunque no se separe un punto de la verosimilitud, como siempre pasa con las fórmulas realistas a las que este escrito se ciñe conscientemente, aceptando de antemano su autor los normales vilipendios que pueden derivarse de tal declaración.

CAPÍTULO I

—

—No, señor, no fue así como está en esos papeles que me leyeron, aunque no fue mucho lo que pude entender. Los papeles aguantan todo lo que les ponen encima, que eso ya se sabe y no hay para qué repetirlo. Además aquí, el señor, corría tanto al leer y leía tan bajo, que era como si leyese para el cuello de su camisa, perdonando la comparanza... y también hay que, en estos pueblos, no estamos acostumbrados al habla castellana, que cuando uno que no sea señorito se echa a quererla hablar le decimos que habla en «castrapo»...

Pero con todo, las cosas no fueron así, aunque lo diga la guardia civil, la tía Esquilacha o el *sunsuncordia*, con permiso de su cara. Ni del comienzo de las cosas, ni de lo que vino después, ni del remate de ellas, nadie sabe nada porque nadie vio nada, o si algo vieron no repararon; que una cosa es ver y otra reparar, sea dicho con la venia de usía.

—

—Yo, como ya tengo explicado, que ahí no lo apuntaron, iba para mi trabajo. Iba para mi trabajo que, así Dios me salve como nunca jamás salí de mi casa, o de la casa de la Rajada, que para el cuento es lo mismo, tan determinado a ir para mi trabajo. El sábado había ido la Rajada a buscarme a las obras, y con eso hicimos las paces, por mor de ella, que la quiero bien, y aún más por mor del pequeño que ya va para cuatro años, que los hace para San Verísimo, y que, como es tan espabilado, ya va entendiendo las cosas de esta vida cabrona, sea dicho sin ofender... Dormí con ella el sábado y el domingo, que buena falta me hacía, pues mujeres hay muchas, pero como esta, al menos para mí... De unas en otras, tanto me habló que... Como era mucho el frío y dormíamos tan apegados, no tenía más remedio que oírla; y, a más de eso, pues tenía razón, ¡qué se le va a hacer! Y con tanto palique, a las veces me hizo venir, así como quien dice, ganas de llorar, vamos al caso, o de soltárseme las lágrimas, que casi es lo mismo, que esto nunca me pasó con ninguna mujer, aparte mi madre, que las madres, aun siendo uno mozo, aunque lo hagan llorar pues no es vergüenza para ningún hombre, por muy macho que uno sea... Vamos, eso creo yo, sin faltar.

Conque mi amiga terminó teniendo razón en las palabras como siempre la tuvo, al menos para mí, que en eso hay pareceres, en las carnes de su cuerpo, que nunca me pude apartar de ella por mucho plazo, por más que haga la Costilleta, que también sabe lo suyo, sin despreciar a nadie. La Rajada, aparte de esto, tiene un aquel en las hablas que las va echando, tan a modo, en las orejas de uno, que a veces parecen solo aliento... y me habló de ella y del pequeño, y de si esto y de lo otro, y del día de mañana, y que todos somos hijos de la muerte, y otras de esas pamemas que saben las mujeres, que asegún cómo se digan o cómo se oigan resultan verdad o no. Porque si la Rajada me dijese gritando todo lo que me dijo de ese modo, excuso decirle, pues bueno es uno para aguantarle gritos aunque sea al señor obispo, es un decir, y

cuantimás a una mujer, y aún menos a la amiga de uno... Así fue que, después de haber pasado las cosas que tienen que pasar cuando un hombre y una mujer duermen juntos y cuando se es mozo sano, como un servidor, y las cosas se hacen una vez y otra, y otra más y las que sean, pues llevábamos más de un mes sin el *contato*, que le dicen, pues ocurre que uno va, poco a poco, quedando sin saber qué hacer de sí, y así como ablandado en los brazos de la mujer; pues ellas, por mucho que hagan con su cuerpo, no pierden nunca el aquel de seguir siendo cariñosas. Cuando es con otras el asunto yo, me largo en seguida, porque hasta me parece que se ponen hediondas y que dan de sí un olor como a bravío, con perdón de su cara de usted... Pero con la Rajada uno se va quedando en la cama caliente, recostado contra su pecho, que lo tiene ancho y hermoso, sin despreciar, como si fuera la madre de uno, aun siendo más moza que uno...

Pero, aparte de todo, le sobraba razón. El crío no tenía la culpa de haber nacido ni de que su madre fuese una perdida y su padre un borracho... Bueno, borracho puede ser, pero no holgazán ni traicionero, que hay que decir las cosas como son... Allí estaba, el pobrecillo, en el suelo, a un lado de la cama, todo encogido, en un embrollo de trapos, tapado con un cobertor viejo... Cuando yo encendía la vela para ir a hacer mis necesidades, con perdón, abría los ojos, que los tiene pícaros y azules como su abuela, y me echaba una sonrisa. Se había dormido royendo unas rosquillas que yo le había llevado. Y una de las veces que me levanté, para espantarle un ratón que le andaba en ellas, le di un buen trago del vino con romero y azúcar, que teníamos a calentar en el rescoldo del brasero. En una de estas fue y me dijo el inocente:

—«¿Por qué le pega a mamá?».

—«Yo no le pego. ¿De dónde sacas eso?».

—«Porque decía ay, ay, por lo bajo»... y le pregunté si tenía frío. ¿Y sabe usted lo que me fue a contestar? Pues esto: «cuando usted está en casa no tengo frío aunque no duerma en la cama». ¡Condenado de rapaz, tan listo! Porque la verdad es que es muy listo y, a veces, dice cosas que dan que pensar, que hasta uno quisiera que no fuera tan espabilado y que no hablase así, como la gente mayor. Claro que la Costilleta me tiene dicho que todo es enseño de la madre para irme ablandando, pero esto no es verdad, porque dizque cuando yo era muchacho también tenía esas salidas. Porque mi Lisardiño...

—

—Si, señor, sí, ya voy al caso. No hago más que ir al caso, aunque a veces no lo semeje. En la vida de los hombres como yo no todo es barbaridad y fanfarronada, y las cosas que le pasan a uno y que solo se saben por el final, pues requieren que se sepa el comienzo, que a eso vamos. Y muchas veces lo que se vio salió de lo que no se vio, y todo hay que ido diciendo, aunque así, de primeras, parezca no venir al caso... Pues yendo al caso, el caso es que don Pepito Nogueira, el médico, me había dicho, hace ya tiempo, que la enfermedad de la Rajada, aunque no era de esas que se ven mucho por de fuera, era de las que pueden dar en el tullimiento de la persona, que

se le dice *paralú*, que la pescó cuando trabajaba en la casa de la Monfortina; y que tenía yo que poner mano en ella y proveer a cuidada, para que las cosas no pasasen a mayores. Y también del hijo, claro es, porque si no me lo iban a llevar a las Hermanitas del Hospicio, en donde todos se encanijan al poco tiempo. Y uno, por muy estragadas que tenga las entrañas de su alma, pues no hace un hijo para que se lo echen al estiércol, con perdón, y que le vayan comiendo la alegría de las sangre a fuerza de tenerlos, como los tienen las monjas, en aquellos sombrizos de San Roque, tragando agua caliente con pan duro del decomiso, y rezando todo el día padrenuestros, como si los fueran a ajusticiar. ¡Mi...!

—

—Sí, señor, ya sigo, ya... Déjeme sosegar un poco, que hablando de esto y viéndose uno ahora como se ve, pues se le pone a uno las hablas así como roncas o...

Bueno, ya pasó... Pues, como ya dije, yo no andaba de parranda, que no eran aquellas horas de ponerse en parranda si es que no se trae empalmada de la víspera. Yo iba para mi trabajo en las obras de la carretera nueva. Llevaba en ellas ya cinco meses, desde el verano, desde cuando las obras venían por Alongos... Ya dije todo esto y además lo sabe todo el mundo y no tengo por qué repetirlo. Saco un buen jornal, seis reales un día con otro, picando piedra de cantos, o séase pedernal, que hay trabajos peores y no me quejo. La casucha donde vive la Rajada, desde que la saqué de la Monfortina, le quedó de los padres, que eran labradores con un poco de tierra que vendió cuando se metió al trato, y la casa no la pudo vender porque nadie la quiso, que es terrena y de mal abrigo. Está, como se sabe, un poco más allá de Mariñamansa, así que tenía yo que salir con noche para llegar a las siete de la mañana a las obras que, como usted me enseña, vienen ya por Ervedelo de los Frailes, que yo trabajo allí a la par de la puente que están acabando a todo meter para que pueda pasar por ella el diputado, que dizque viene el mes que viene por mor de las elecciones, que uno de eso no entiende.

La pobre Rajada me hiciera unas sopas de ajo que aún las sentía calientes en la tripa cuando salí y me encontré con aquella friaje del aire, como si las sopas fuesen la única cosa caliente que en mi cuerpo llevaba. Toda la noche estuviera helando, y el barro estaba duro en los surcos de las ruedas y la carretera parecía como de piedra, que hasta se podía pisar en las pozas de la lluvia como si fueran de cristal, y las hierbas de la cuneta brillaban tapadas de escarcha como si diesen luz por de sí, pues no se veía casi nada... Yo andaba con los pies descortezados por mor de unos sabañones que me cogían todos los artejos, con licencia, y me dolían como demonios cuando tropezaban con los zuecos contra algo; de manera que tenía que ir por la hierba de la cuneta, que tampoco estaba blanda, pero estaba más blanda que el condenado barro de la carretera. Además la Rajada, se conoce que con la prisa, se equivocara de pimentón en las sopas y se lo había puesto todo picante, de modo que el estómago se me iba llenando de lumbre. Y con todo esto y con aquel par de noches pasadas en tanta faena, iba yo de muy mal genio para el trabajo, y no me llegaba el

momento de encontrarme con alguna tasca abierta para echar unos vasos del blanco; pues uno será lo que se quiera, pero yo, la verdad sea dicha, no soy de esos que se desayunan con media docena de «perritas» o séase de copas de aguardiente del país.

A poco de andar y cuando iba llegando al mesón de la Cristalina, el tiempo se empeoró casi de repente, con una niebla que venía levantándose, negra como mis pecados, pero mejor de aguantar que aquella friaje de cuchillos que me diera en la cara al salir de la chavola de mi amiga. Por los altos del cielo, que ahora empezaban a aclarar despacio, venían del sur unas nubes empardecidas y resultaba patente que iba a cambiar para tronarla. Con todo esto yo ya iba viendo que me iba a joder el día de trabajo... Pero no, no valía andarse con disculpas como otras veces que me cogía a cualquier disculpa con tal de faltar. Ahora iba a ir aunque fuese a rastras para cumplir con lo que había ofrecido. Y si es caso se venía el turbión, le pediría al capataz que me diese un chapuz en las fraguas; el caso era cumplir, que también, como se sabe, se me da algo la tarea de herrero, como ser el apuntar pistoletas para barrenos, picos y demás... Conque hundí las manos en los bolsillos de la zamarra y apretando los dientes, por el condenado dolor de los sabañones reventados, que a cada paso que daba se me pegaban y despegaban de los zuecos, y aún más por la tripa que me ardía como si llevase aquí un torgo, perdonando la manera de señalar, me eché al camino con todo el coraje que pude juntar sin tener vino en el cuerpo.

Cuando iba en estas, cavilando «en la perra vida del trabajador», como dice Serantes en esas juntanzas de hombres de trabajo que ahora se estilan y que le dicen *mitines*, y que no le falta razón, por más que sea carpintero de obra, pues sucedió que vi venir a lo lejos, por el medio de la cerrazón, dos bultos, al parecer de hombre, que querían así como disimularse en los troncos gruesos de los negrillos que allí hay a los lados de la carretera. Pero no resultó así, pues uno de ellos raspó una cerilla para encender el cigarro y vi que estaban arrimados al árbol, al parecer meando, con licencia, que no sé a qué venía arrimarse, pues no pasaba alma viva, como no sea por esa costumbre de nosotros los hombres de arrimamos siempre a algo para hacerlo aunque no nos vean, que así son las cosas. Conque yo fui y me paré también para picar tabaco y para que tuvieran tiempo de despartarse y salir otra vez a los medios, pues no me gusta ni pasar por delante de la gente que no da la cara ni tampoco desviarme como si tuviese miedo. Y me eché a andar despacio, dándole al yesquero y sacándole buena chispa para que se diesen cuenta de mí, aunque estaba seguro que me tenían visto o al menos oído por la bulla de los zuecos, que los traigo herrados, y más porque seguí andando por el medio y medio de la carretera.

Y fue en estas cuando los dos bultos de hombre salieron del tronco y se vinieron a mí corriendo y bramando, como quien hace la fantasma, con una manta por arriba de las cabezas, que solo se les veían los cuatro pies, y yo no me asusté, pues uno se percataba, no más con ver la ocurrencia, que se trataba de una broma de conocidos. Pero, por sí o por no, afirmé la navaja en la mano y me paré. Al llegar muy cerca dejaron caer la manta, riéndose a más no poder, y resultaron ser el Bocas y el

Milhombres...

—

—Sí, señor, sí, los mismos, los *interfetos*, como usted me enseña, o séase Juan Fariña y Eladio Vilarchao, que vienen a ser el Bocas y el Milhombres por sus motes, que es como todos nos conocemos aquí y nadie se ofende, porque Juan y Eladio pueden ser cualquiera, pero el Bocas y el Milhombres solo pueden ser los que son; de la misma manera que yo soy Cipriano Caneda, para servir a usted, y me llaman Cibrán o el Castizo, como usted guste, pues mi padre tenía un castizo o parador para servir cerdas, perdonando la palabra; y cuando era más pequeño me llamaban el Sietelenguas porque hablaba mucho, que aún dicen que no lo hago mal, y también el Gorrapodre porque de muchacho tuve la tiña, que duró hasta mozo y andaba con la boina muy apegada...

—

—No, señor, no; solo era para que usted me entendiese bien, pues ya me voy dando cuenta de que usía no es de aquí...

—

—No, señor, no es que me importe sino para que usted me entienda, pues también tuvimos un capataz, que era de la parte de los murcios, que aún hablándole en su habla no nos entendíamos... Pues yendo al caso, eran Juanito el Bocas, o el Alicante, o el Pechodelobo, y el Milhombres, o el Docesayas, o el Papahílos, o el Maricallas, como usted quiera, que aquí todos tenemos donde escoger... Pues fueron y me arrodaron, sin parar de correr ni de reír, dándome metidos de puño, aunque sin dañarme, y el Milhombres tirándome pellizcas a la entrepierna, como tiene por jodida costumbre, y a todo eso queriéndome echar la manta por la cabeza...

Los había dejado yo la noche antes en la taberna del Narizón (donde estuve de paso, a echar un vasete), en el comienzo de una de esas parrandas que los hicieron tan sonados entre todos los parranderos de Auria y sus alrededores, en las que se metían y no salían hasta quedar tirados por ahí, en un callejón o en una vereda de los extramuros, donde los recogían los municipales para echarlos al calabozo de la Alcaldía, hasta que se les fuese la cogorza o hasta que los hermanos fuesen a pedir por ellos, pues los hermanos de entrambos a dos son gente de trabajo y de buen crédito, que hasta vergüenza les da tener tales perdidos en la familia, que no faltan desgracias aun entre la mejor gente ¡y qué le va uno a hacer! Y esto no es hablar mal ni ponerle tachas a los amigos, pues son cosas que sabe todo el mundo, vamos al decir.

—

—Sí, señor, ¿por qué voy a negarlo? También yo andaba en esas alguna que otra vez. Pero esta vez no fue así. No fue porque desde el principio de la otra semana, así Dios salve como que tenía intención de hacer las paces con mi... bueno, con la Rajada, y darle el jornal todos los sábados para no caer en tentación. La verdad es la verdad. No voy a ponerme ahora a decir que soy peor ni mejor que ellos, pero en este

caso yo tenía la intención de ser, en adelante, de otro modo o portarme de otro modo, que viene a ser igual...

Conque me pillaron por los pulsos y me hicieron dar vueltas con ellos y reír, aunque al principio yo juraba y no quería... y al fin dábamos vueltas los tres sin parar de reír, y del reír de los tres sobresalía la voz del Milhombres que cuando quiere gritar se le pone como de gallina, que por eso a mí no me gusta reír con él cuando hay gente porque llama la atención. Y muchas veces, cuando andábamos por ahí con él, de chiqueteo por las tabernas, yo no reía para no darle pie a que soltase aquel cacareo de señorita que todos nos miraban y se coñeban de nosotros.

Resulta claro, como ya dije, que andaban en las últimas de alguna buena parranda, pero aún bastante alumbrados... El Milhombres metió luego la manta en el cinto, como una saya, y se puso a bailar el «Morronga», a imitación de una tía que vino para las fiestas del Corpus al Café Mendenúñez. Bailaba alrededor del Bocas haciéndole carantoñas amaricadas, y el otro hacía como que quería apartarlo de sí, como aquel que quiere espantar las moscas. Luego se le arrimó se puso a hacerle cosquillas sin darle respiro, y se reían los dos a morir, el Milhombres por los altos de la nariz con su risita de costurera. Luego se echaron la manta por los hombros y se pusieron a cotillear hablando en *castrapo*, imitando las hablas de los señoritos y señoritas.

—¿Cómo está usted?

—Yo, *medio escandallado por la temperatura*...

No sé por qué, al decir «temperatura», reían tan fuerte que parecían ir a estallar.

A mí todo aquello me daba asco —ya se lo había dicho bastantes veces—, y me eché a andar siguiendo mi camino sin que me dijese nada. Pero a los pocos pasos oí que el Bocas daba un grito tremendo. Me volví y vi que el otro lo tenía pillado por sus partes, retorciéndoselas, muerto de risa. Pero el Bocas cogió aliento en seguida, y alcanzándolo con un mazazo de puño en la tabla del pecho, dejó al Milhombres tendido cuan largo era... Resultaba claro que, a lo menos el Bocas, no estaba tan bebido, pues los golpes de los borrachos no dan para tanto. Como el Milhombres, sin poderse levantar, comenzó a escupirle aquellos insultos que tan bien sabía buscar para ofender, se le fue encima para asegurarle con unas patadas. Alguna le dio hasta que yo llegué y me puse por medio, y con el aquel de quererle atajar el impulso, casi me tira a mí también, que becerro semejante pocos he visto en mi vida, pues este es de los que se ciegan cuando empieza a pegar.

Conque el Milhombres allí estuvo estirándose poco a poco y quejándose con voz de criatura. A mí me daba lástima y no sabía qué hacer. El Bocas iba de un lado para otro, bamboleándose con el cuerpo encogido, echando juramentos y con las manos en sus partes como aquel que siente un gran dolor. Ayudé a Eladio a levantarse y les dije:

—«Eso os pasa por no saber llevar la bebida...».

—«Ya está el cagasantencias este... ¿Por qué no te largas?» —refunfuñó el

Milhombres, que no era capaz de quedarse callado aunque estuviese en las últimas—. Y con la misma, se puso la manta sobre la cabeza y echó a andar en dirección al pueblo.

—«¡Párate ahí, hijo del...! —le gritó el Bocas—; si das un paso más te como los hígados».

—«Se te van a indigestar» —cacareó el otro, echándose a correr. El Bocas se enderezó, como aliviado repentinamente del dolor, y en cuatro zancadas ya estaba encima del otro, que había caído de hocicos, aporreándole los vacíos y con los dientes hundidos aquí, en el pastorejo, perdonando el modo de señalar, mismamente como un perro rabioso, fuera el alma. El Milhombres reviraba la cabeza, con los dientes arregañados por el dolor, sin poder siquiera gritar. Me costó Dios y ayuda el poder separados. Y aún pienso que si lo conseguí fue gracias a que, en aquel momento, se vio que llegaba por la carretera una reata, que ya se oían cerca los cascabeles de las mulas y el algareo de los arrieros.

Se levantó Juanito de encima del otro, pasándose la mano por la boca y escupiendo sangre... El día llegaba despacio, oscuro por la nubazón... A mí me daba vergüenza que alguien pudiese verlos en semejante traza, uno con la camiseta de fuera, hecha pedazos, y el otro de bruces en el barro, como muerto.

Pero no había que tomarlos muy a lo serio. Siempre andaban así, disputando y dándose tundas, separándose para buscarse otra vez. Nunca resultó claro para los que los tratábamos, si se tenían rabia o aprecio, pero la verdad es que no podían andar uno sin el otro, y nunca se les veía borrachos por separado, como si tuviesen que beber para andar juntos. Y cuando no andaban de parranda, casi no se hablaban, adiós por adiós, casi sin mirarse, como si tuviesen vergüenza uno del otro, vaya usted a saber... Pero en cuanto se juntaban y papaban unos vasos o unas copas, no hacían más que disputar y zurrarse del modo peor, que ya nadie quería andar con ellos... Y lo más raro es que si alguien se coñeaba del Milhombres, ahí salía el otro a volver por él, como si no pudiera valerse o como el que saca la cara por una hembra o por un crío. Y fueron muchas las zarracinas que se armaron por ese tema del Bocas de dar la cara por semejante pringallo.

El Milhombres, con su aquel de regordete y fofo como de manteca, no era hombre de llevar media hostia mal pegada, y de eso se valía para provocar aquellas trifulcas metiendo a los otros en harina con su modo provocativo de mirar, su sonrisita y aquel echar luego las injurias como quien tira barro a la pared, acertando siempre donde más doliesen, que para eso ni pintado... Claro, luego venía el que, unos en contra y otros a favor, no de él sino del Juanito que lo defendía, se armaban aquellas zalagardas en las tabernas que eran las de Dios es Cristo, y el Milhombres allí, tan campante, viendo cómo los otros se zumbaban como animales.

Conque volviendo al caso, lo levanté otra vez y empujé a los dos hacia la alcantarilla de la cuneta, que es allí bastante honda, para que se escondiesen, pues ya estaban encima los arrieros. Yo me quedé como si estuviese solo, y en seguida

empezó a pasar la reata, que era hasta de unas treinta bestias, con perdón. Y uno de los tratantes que, a lo que asemejaba, algo había pispado de la pelotera, se paró a pedirme lumbre, mirando esquinado hacia donde los otros se escondieran.

—«Parece que nos divertimos» —soltó, por entre las chupadas, con tono de ser de la parte del Bierzo.

—«¡No va a llegar la sangre al río! Cosas de san Lunes...».

—«Más vale así... Pues andar con ojo, que vimos a la pareja de la guardia civil tomando la parva en Sejalvo... Parece que andan a la procura de uno que anoche armó un lío gordo en una taberna del pueblo. Venían de relevo para acá...».

«¡Conque salud!».

—«Lo mismo digo».

Me quedé un poco, haciendo como que picaba tabaco, hasta que pasó la larga fila de mulas con otros arrieros al cabo. Luego les silbé, haciéndoles señas de que podían salir, todo esto sin moverme del sitio, pues los condenados de los tratantes iban volviendo la cabeza. Como no salían del escondrijo fui a buscarlos, pensando en si no se estarían matando a las calladas, que es cosa de bebidos el zurrarse con saña sin hablar. Pues allí estaban, todo lo contrario, que era cosa de no creer lo que veía; Juanito sentado en el ribazo, con el otro de bruces en sus rodillas, pasándole, con mucho tiento, por la herida del pestorejo, un pañuelo que mojaba en el canalillo del agua barrosa de la alcantarilla. La herida no era grande ni desgarrón, pero imponía verla con su aquel del cuero hundido en las marcas de los dientes, pues el mordisco fuera de mucho sandiós.

—«¡Hasta parece mentira, hombre! —les dije por hablar algo—; menos mal que sois amigos del alma...».

—«¿A ti qué te va ni qué te viene...? Métete en lo tuyo que estas son cosas nuestras» —dijo el Milhombres.

—«Pues por mí que os zurzan a los dos. Sois tal para cual. Me voy para mi trabajo». —Y con la misma me eché a andar, de bastante mala leche.

—«Aguarda ahí, tú» —dijo el Bocas, de buen modo, separando al otro de un empujón como si de nuevo se hubiese enfadado con él. Nos apartamos un poco—. «¿A dónde vas a ir, Castizo, con este tiempo? Tenemos ahí la lluvia. Además ya no llegas a la lista». —Me echó un brazo por los hombros y nos pusimos a andar mientras me hablaba muy aprisa, por lo bajo, casi al oído—. «No me dejes solo con este, te juro que acabo con él». —El Milhombres lavaba el pañuelo en el regacho de la cuneta, como si tal cosa.

—«La culpa la tienes tú. No veo qué sacas andando con semejante basura...».

—«¿Y no ves que se me apega y no me puedo librar de él?» —me soltó y se quedó caviloso.

—«¡Que se te va a pegar...! ¿No serás tú quien lo buscas?».

—«Pues ahí está lo jodido del caso, sin él no me divierto, y si andamos juntos siempre tiene que llegar un momento en que tenemos que pegarnos, o mejor dicho, en

que tengo que zurrarlo, venga o no a cuento. Diga lo que diga o haga lo que haga, llega un momento en que no resisto más... Pero el caso es que sin él no me divierto. ¡Ahí tienes cómo es la cosa!».

—«¡Vaya, coño! —le contesté riendo—, ¿no será que te tiene dominado? Porque hay muchas maneras de cogerle a uno el talante».

Juanito se paró y me clavó sus ojos grandes y pasmados, como de animal o de chico, que le echaban una lumbre fría por debajo de aquel sobrecejo tan cargado y rojo.

—«Cibrán, no vuelvas a decirme semejante cosa, ni por chiste, ¿sabes?, ¡ni por chiste! Aunque te quiero bien, no te lo podría pasar, y ya me conoces el genio».

—«¡Ahora sales con esas! Guarda tus fanfarronadas para esos caganes que te tienen por guapo. A mí ya sabes que me entran por un oído y me salen por otro. Soy hombre a la par del que más lo sea. Tú me preguntaste y yo te contesté lo que siento, y namás... Y ahora déjame ir mi camino...».

—«Te hablo en serio. Castizo, y disimúlame el mal momento, que las palabras son así, de una en otra... Pero tienes que comprender, que para eso hablamos de hombre a hombre... Lo que pasa es que diste en el clavo, eso es... Porque la idea de que ese mierda me tenga cogida la voluntad, me hace hervir los sesos, ¿sabes?, que ni con hombre ni mujer me ha pasado esto, que parece ensalmo de viejas, ¡me caso en tal! Y que yo no me cerciore porque... Pero te lo pido por favor, como amigo, que no somos de ayer... No me dejes solo con él... Hace días que ando con el vino malo y... Te pago el jornal, tengo dinero. Es un favor que te pido y hoy por ti y mañana por mí, como se dice».

La verdad señor, es que me dolían los pies, con perdón, a no poder aguantar más, y que me sentía muy flojo, quién sabe si por aquello que dije de las paces con la Rajada, que en dos noches casi no dormimos y por el día también, que uno es así de naturaleza... Además que andaba a rondarme el «pensamiento» que siempre me empieza así, con esa flojera que no es cansancio, pues muchas veces me viene al levantarme de dormir toda una noche cumplida... y, efectivamente, el tiempo venía revuelto por los altos de Montealegre y ya empezaba a orvallar, apretando para lluvia larga, ¡que lo que es aquí cuando empieza!... ¡y, qué carajo!, no es cosa de ponerse a picar morrillo cuando cae el agua a Dios darla, como otras veces que me pilló la lluvia en el tajo, y tener que aguantarla con la coraza encima, que cuando se ensopa pesa como la madre que la parió, como si fuera de palo en vez de paja... Y también me dije, como ya me dijera Juanito, que era más seguro que no se trabajaría en las obras, pues aunque el ingeniero que viniera de Madrid nos tenía dicho que ya llevaba dos meses de atraso la contrata y nos reventaban a trabajar en el buen tiempo, en cuanto caían cuatro gotas ya se ponía a renegar de la lluvia del país, a causa de ser él de la parte de Aragón, que nunca llueve, y andaba con nosotros hecho un bestia, como si tuviéramos la culpa. Ya más de eso, ¡dónde iban ya las siete y media! Claro está que yo diera mi palabra a la Rajada... y que iría a llevarme la comida, como

habíamos quedado...

—«¿Qué determinas, Castizo? No es para remolerlo tanto. Total, un día; y ya te dije que no te preocupes por el jornal. Ya sabes que si tú me pidieses un favor...».

—«Bueno —le dije—, vamos a echar unos vasos, luego se verá. Por lo pronto quiero descalzarme un poco, que ya no aguanto más. Vamos...».

Conque cogimos carretera adelante, con el Milhombres siguiéndonos a alguna distancia.

Al llegar al arrabal del Posío nos metimos en la taberna de la tía Esquilacha. Había un buen fuego de leña en el llar de la cocina y estaban allí los arrieros, desayunando chorizos asados con pan de trigo y vino nuevo. A mí, como ya dije, me andaba rondando el «pensamiento», que me viene poco a poco siempre que hago cosas que sé que no tengo que hacer. Lo cierto es que me sentía muy decaído y, vamos al decir, como triste y con un aquel de ahogo en los adentros del pecho, y esto era por no haber seguido para mi trabajo o, a lo menos, ir a cerciorarme de que nos se trabajaba.

Allí dentro estaba el aire templado y cariñoso, con ese olor de las tabernas que, aún más en invierno, parece que anima el corazón, es un decir, y que hace que se vayan de la cabeza las preocupaciones en cuanto uno entra, que no se sabe por qué es así, pero así es. Aquel olor de los chorizos asados y del mosto nuevo, que ya se sentía como de buena aguja solo con verlo chispear en las tazas blancas... Afuera se echó de repente la lluvia aturbionada y el día se puso oscuro como si volviera atrás. Cuando se abría la puerta entraban las rachas del viento hacia la cocina, alborotando el humazo y moviendo los untos y chorizos de la matanza nueva que tenían allí colgados, a curar.

—

—¿Cómo, señor?

—

—Bien sabe Dios y mi ánima que no me aparto del asunto ni un instante... Estoy diciendo las cosas para que se vea cómo unas salieron de las otras, que si no hubieran pasado las del comienzo, no hubieran pasado las del fin, vamos al decir...

—

—¡Qué han de ser disculpas, señor! Yo nada tengo que disculparme, pues nada hice, que el ver las cosas que pasan delante de uno no es culpa de uno, por más que se lo quieran achacar.

—

—¿Hechos? Hechos son todos, señor. Le guardo todo el respeto que me merece, que para algo es usía, pero tengo que decir las cosas a mi modo que de otro no sé, por más vueltas que le demos. Y si no las digo así, pues... A más, eso de los hechos, como usted me enseña, y sin faltar a la consideración, pues no me vienen unos atrás de otros, así como en fila, que es un decir, sino como juntos y mixturados, como si el tiempo de ellos se hubiese mixturado, y todas aquellas horas como si no pudiesen

separarse unas de las otras, así como el que sueña o algo así... Lo que pasó por el día, si me pongo a cavilar, aún se me viene a las mientes con alguna disposición, pero de lo de la noche... Que esa noche está así como llena de cosas sin disposición, todas juntas y como de una vez y al mismo tiempo; si me pongo a pensarlas una a una, parece que no pudo haber lugar para tanto, como si fueran muchas noches pegadas, sin día en medio y con las cosas desarregladas, que me veo tarumba para encontrarles los antes y los después, que ni yo mismo me entiendo... y para peor, me vino muchas veces el «pensamiento», que nunca tan seguido me viniera, y cuando esto sucede es como si me quitasen del tiempo y de todo, como si estuviera y no estuviera, que ya lo iré explicando lo mejor que pueda...

Conque la tía Esquilacha, como venteó que andábamos con dinero, nos hizo una buena tortilla de patatas, con chorizos y cebolla, y también una fuente de pimientos fritos que comimos al pie de la lumbre donde los tratantes estaban ahora asando castañas que sacaban de un fardel.

—¡Claro está, señor! Eso no se lo preguntaría yo a ningún cristiano nacido en esta comarca. ¿Cómo íbamos a comer a secas? Se bebieron unas tres o cuatro jarras del tinto que, como usted me enseña, se va sin sentir cuando es nuevo.

—Eso no lo sé, que fue el Bocas quien lo pagó todo, pero calculo que serían de unos tres o cuatro cuartillos cada una, que no es mucho que digamos para tres hombres mozos de esta tierra, y además en ayunas. A más de eso, como ya dije, el vino era nuevo, de buena aguja y de buen «labio» que aquí le decimos, de manera que se dejaba ir como gaseosa. Lo malo es que el Milhombres, que dizque andaba con el catarro, se empeñó en pedir una botella de aguardiente, y algo tuvimos que ayudarle... Por mi parte, y habiendo ya faltado a la palabra, no me hubiera movido de la taberna. Se estaba muy bien allí, al abrigo, comiendo y bebiendo, y oyendo las chuscadas de los arrieros, que las decían muy de corrido en su lengua, que se presta tanto para los chistes; allí, al pie del llar donde estallaban las castañas y se retorcían las llamas mientras fuera llovía de mucho sandiós... El Milhombres llamaba la atención, pues andaba muy tieso con la cabeza echada atrás, como jorobado, el pescuezo metido en los hombros. Se le veía la herida hinchada, como si se le estuviese enconando, y le rezumaba una sangre aguachenta, que se sacudía cada tanto con los dedos, jurando cada vez. Ya uno de los arrieros le preguntó, con mucha sorna, si era mal del país aquellos diviesos que salían en la nuca.

Cuando llevábamos allí cosa de una hora larga me llamó aparte la tía Esquilacha, que antes había estado hablando con los tratantes, echándonos miradas de disimulo, para decirme que me llevase a aquellos, que ya tenían entre pecho y espalda dos cuartillos de aguardiente, aparte el vino, y aún pedían más; que la pareja de la guardia civil pasaba a eso de las nueve para el relevo y que hacía siempre recalada en la taberna para echar un vistazo y tomar la copa; que su establecimiento era mesón de

tratantes y viajeros y no tasca de galopines y parrandistas del pueblo, y que yo haría mejor en volverme a la casa de mi mujer, o irme a la de mi madre, ya que no podía seguir para el trabajo, y no sé cuantas cosas más.

El consejo era bueno, pero la idea de tener que meterme otra vez los zuecos y salir al barro, me calofriaba el cuerpo por el aquel de los sabañones reventados, que de otro modo no me importaría. Le dije esto a la tía Esquilacha, y me hizo sacar los calcetines, que era como si me arrancasen la carne de los pies, con perdón. Luego, me los hizo meter en un lebrillo de agua caliente, con ajo y sal, lo que alivió mucho, y me bismó las heridas con hojas del botón, que trajo de la huerta, untadas con escupe y manteca de cerdo, con licencia de quien oye. Cuando se estaba acabando, sin dejarme de dar buenos consejos todo el tiempo, pues es amiga de mi madre y mujer de mucho sentido que llevó la casa arriba, ya de viuda, y hasta tiene un hijo procurador, pues aparecieron los otros, bastante borrachos, haciéndonos burlas asquerosas porque me encontraron sin zamarra y sentado en la cama, así como queriendo decir que yo estaba de lío con la tía Esquilacha, que tiene años para ser mi abuela.

Con los golpes y arañazos que se habían dado en la pelea, y luego con las copas y la vecindad de la lumbre, se les pusieron las caras grandes y bermejas, que semejaban caretas de carnaval. Viéndolos en tal condición, me puse a cavilar en que mejor sería sacarlos de allí, pues terminarían dando un escándalo, que eso ya se veía venir. Y fue en estas cuando se apareció un arriero, dándonos de ojo ya desde la puerta y diciéndonos, muy aprisa, que acababa de entrar la guardia civil en procura de unos que habían estado de gran zarracina en la carretera, que se lo contarán unas regateras de las que vienen cada mañana al mercado, y que tenían la mosca de que debían ser los mismos que en la noche anterior habían armado la bronca en la taberna del Narizán...

Yo no creí aquella historia del arriero, pues bien se veía que el tal era un armadanzas y hombre de muchas hablas, como toda esa gente de mesones y paradores, y que aquello de las verduleras era pura filfa inventada... Estaba bien seguro de que nadie, fuera de ellos, pasó por allí cuando los otros estaban a romperse el alma, y que nos lo decía para meternos miedo, pues los de la parte de los maragatos son todos gente liosa, y más estos con toda esa maldad que se aprende por los caminos del mundo. Pero, por sí o por no, convenía largarse de allí...

Conque salimos por la huerta, bajo aquel turbión de agua apretada que no dejaba alentar, y nos metimos por una veredilla, cruzando los viñedos, hasta ir a salir a la Puente de los Pelamios. El cielo estaba bajo, apellejado de nubes negras, y el agua sacudía en la cara, como trallazos, con las rachas del viento frío. Seguimos por la orilla del río Barbaña hasta llegar a los bajos de la Burga, donde nos metimos al reparo de la puente grande. Los otros, que con la pítima casi no podían tenerse de pie, no bien llegamos se dejaron caer al suelo, se embrullaron en la manta y a poco roncaban como cochinos, fuera el alma... A mí ya me pesaba no haber bebido más y más fuerte, pues con unas cosas y con otras, ya era claro que se me venía el

«pensamiento», aunque así como de lejos, pero con ganas de echárseme encima y meterme en su negrura, como siempre acaba por ocurrir...

Cuando despertaron seguía lloviendo a más y mejor y el cielo se empardecía como si fuese a caer la noche. Hablaron de ir a ese sitio y al otro, pero sin mucha decisión y mirándose entre sí como el que habla una cosa y piensa otra, que luego caí en la cuenta, pero entonces supuse que dudaban porque, a decir verdad, con un tiempo semejante ¡a dónde se iba a ir!... Pero era visto que aquellos no podían estar sin meterse en fregados, como si tuvieran el diablo en el cuerpo, que arrenegado él sea. Al Milhombres le dio por querer que subiésemos al jardín de la casa de los Andrada, que estaba allí muy cerca; y digo subir porque había que escalar un muro que lo arrojaba. El asunto era para tratar de ver a la señora, pues se decía en el pueblo que todas las mañanas, desde el rayar del alba, se asomaba a la galería de la parte de atrás de la casona para darle de comer a los pájaros, que hasta se decía que llegaban de todas partes y que le comían en las manos armando bullicio, como si le hablasen.

Yo había oído esta conseja (que más parecía consejo que otra cosa) igual que todos; aquella historia de don Fernando de Andrada y su mujer, que andaba de boca en boca del pueblo, como otras muchas murmuraciones de este pueblo de holgazanes, pues como aquí llueve siete meses al año la gente gasta el tiempo en tales paliques alrededor de camillas y braseros, o en atrios, tabernas y cafés, dándole vueltas a estas fantasías y cotilleos.

Por lo visto, según se murmuraba hacía años, que yo lo venía oyendo desde rapaz, el vinculero de los Andrada, que era el único vivo de una familia de muchos muertos por la tisis del pecho, había pasado toda su mocedad en el extranjero de Francia, y por ahí, donde lo mandaran los suyos para que no se le pegase el mal. Se contaba de él cosas de mucha grandeza, como hacen los pobres cuando hablan de los ricos, que a lo mejor no es para tanto: que si lances de juego y amoríos; que si había estado voluntario en una guerra, en tierras de muy lejos; que si había sido, en secreto, amigo de una reina, pues dizque era muy bien plantado y de mucha disposición en el carácter; y que se hablaba todas las hablas del mundo, y que tumba y taramba, y esto y lo otro, que hasta pienso que mucho de ello serían comadros de sastres y beatas que tienen esa tema de darle a la lengua y de andar remegiendo en la vida del próximo que ni les va ni les viene.

Lo que semeja cierto, es que había vuelto, ya bastante estragado, de sus andanzas por el mundo, a hacerse cargo de sus bienes, que dizque eran de mucha cuantía aunque algo venidos a menos por los años de abandono. Y según dicen, las cosas de la herencia no las trató con nadie directamente, sino que las arreglaron unos abogados con otros para sacarles del papo a los frailes de Osera y de Ervedelo unos buenos bocados que les dejara la madre, que murió loca, según cuentan, que yo no lo vi. Conque dizque volvió luego a viajar, y que al cabo de los años llegó de nuevo, aún más estragado, trayendo consigo una mujer de tanta juventud y hermosura que los

pocos que la vieron, hace de esto unos diez años, siguieron luego diciendo que nunca habían visto cosa igual, ni siquiera pintada.

Por lo visto, el señor de Andrada metió a su mujer en el palacio, cerró las puertas a cal y canto y no tuvo tratos con nadie ni jamás nadie los volvió a ver, ni asomados a una ventana, ni cuando vino el rey, ni cuando se quemó el barrio de la Herrería, y eso que la lumbre anduvo lamiéndole las paredes de la casa, por la parte que da a la Barrera.

También yo tenía oído decir, como todo el mundo, que allá en las tierras de otro pazo que tiene en Santa Cruz de Arrabaldo, se le había visto de a caballo, pero fuera de los caminos reales o de herradura, más bien por veredas apartadas, muchas veces de noche, que aún dicen que metía mucho miedo a causa de un gran ropón que lo cubría entero y con capucha... Como hablar se habló mucho, pero yo no sé de nadie que, en verdad, se lo haya echado a la cara. Porque también se dijo que los criados que trajo de esas tierras por donde anduvo no hablaban como nosotros, y que los remudaba cada año o antes si llegaba a saber que habían tratado con alguien del pueblo o de la aldea, pero yo no sé de nadie que los hubiera tratado; que de este modo es como se arman las historias y los falsos testimonios que levantaban las gentes vagantías, que siempre andan dándole a la condenada de la lengua...

Y con eso y con todo, lo que más rabia daba a la gente de la población era que tuviese a su mujer encerrada, que era por mor de los celos, asegún las lenguas, que los tenía hasta del aire que le entraba por los canales del resuello; pues dizque le había faltado con un amigo, en esas tierras de por ahí adelante, y que la trajo a la fuerza para tenerla de por vida, metida en la casa como en prisión... Otros aseguraban que al final había enloquecido de verse tan despreciada, que hasta se supo que cada vez que estaba con ella en matrimonio le dejaba un precio, como si fuese una churriana, que es mucho ofender, siendo cierto... y había otros que aseguraban que le diera muerte y que la enterró en el jardín, vaya uno a saber, que yo no creo ni dejo de creer, aunque algunos digan que si el río suena agua lleva...

Pues de todo esto hablábamos los tres, y cada uno dijo lo que sabía, que era como hablar de rabos de gaita o de los biosbardos, como se dice; pero como no se podía salir de allí, de algo había que ocuparse. A todo esto, el Milhombres seguía con la tema de escalar el muro. Y el Bocas, que de principio ni se metía en la charla, acabó por decir que a él también se lo había contado su madre, que le dijo saber de cierto que el mayorazgo había dado muerte a su mujer.

—«¡Pues eso no es verdad —saltó de repente el Milhombres—, porque yo la vi!».

El Bocas se quedó duro y con el sobrecejo encogido. Luego dijo:

—«¡Qué has de ver tú, mierda vieja, que siempre andas metiendo desasosiego en la gente para que haga burradas! Lo soñaste o la viste en los adentros, un día que pescaste una cogorza mayor que las otras».

—«Os digo que la vi con estos propios ojos, como ahora os estoy viendo. La vimos yo y más el Caparranas».

—«Y si no, vamos al camposanto a preguntárselo. ¡Ya podías poner testigos más a la mano!».

—«Subimos un día al amanecer, gateando por la hierba de paredón. Anduviéramos de parranda la víspera, pero ya la bebida se nos había pasado, tal como ahora. Fue solo un momento, que yo no me podía aguantar mucho colgado de las manos, y el Caparranas ya sabéis cómo estaba el pobre, que ni sé cómo juntó fuerzas para subir. La vimos un momento y quedamos pasmados de semejante cosa, que hasta ahora no se lo quisimos contar a nadie para que no se corriese por el pueblo y para poder verla otra vez nosotros solos. Aunque supe también de otros que subieron... Uno fue el de Lambelajas, que está en el servicio del rey; y otro, aquel de Bentraces, que trabajaba en la fundición y que se fue para las Américas».

—«Yo no sé si todo eso es cierto o no —dijo el Bocas muy serio—, pero lo mismo que cuenta este se lo oí, un día de copas al Caparranas, que de este solo no lo creería. No le hice mucho caso porque ya sabéis como era de fantasioso hablando de mujeres y pensando en ellas; que, según dicen, de eso le vino el mal que acabó con él, que se fue consumiendo de tanto pensar, que no hacía otra cosa día y noche... Y también le oí decir que era la mujer más guapa que nunca jamás había visto ni soñado, que así fue talmente como lo dijo; y que, después de verla, se quedó por mucho tiempo sin poder gobernar el sueño, que hasta, de tanto figurársela, en cuanto se dormía le venían pérdidas...».

—«Eso es de todos los que tienen el mal hético —dije yo—, y es verdad, que están cayéndose a pedazos y no piensan más que en la fornicación, mucho más que los sanos... Pero al respectivo de esa mujer, me vais a disimular, pero yo no creo nada».

Quedamos un rato callados. De repente el Bocas, con aquella dureza del mirar que se le ponía al coger determinación para hacer alguna burrada, dijo:

—«¡Pues ya me está picando a mí el asunto ese!... Yo por mí subiría a ver. Total ¿qué estamos haciendo aquí?... ¿Qué dices tú?». Después de cavilarlo un poco le contesté:

—«Digo que me parece cosa de locos, eso digo. Y además con esta lluvia...».

—«¡El miedo guarda la viña!...».

No hice caso de la indirecta del Milhombres y seguí hablando con Juanito.

—«Comprenderás que soy capaz de eso y de lo que venga, al par del que más capaz sea, eso no se discute. Lo que pasa es no creo que nada de eso sea cierto. Ahora... si te parece... Claro que no sé cómo he de valerme para subir con estos zuecos herrados y este dolor cabrón que me come los pies en cuanto me muevo...».

—«También ando yo con el pescuezo tieso de la dentada que me dio este animal, que ya sé que no podré subir. Pero lo mismo os diré por dónde hay que hacerlo... Por allí, por el lado del cenador».

Quedamos un rato callados. El Bocas no me quitaba de encima los ojos, duros, grandes y amarillos.

—«¿Qué dices tú?». —En vez de preguntar, el Bocas parecía que estaba mandando, como hacía siempre. A mí, señor, aquello me jodió el amor propio, pero para no armar líos le contesté:

—«Bueno, ya que se anda en ello no he de ser yo el que me quede atrás como es de obligación entre compañeros. Conque andando...».

Esto respondí, no de muy buena gana. No eran disculpas, que uno conoce bien la ley de cuando se anda de parranda con compañeros, aunque yo anduviese a la fuerza. Era la verdad, pues sentía los pies, hasta lo alto de las canillas, como si los tuviese llenos de brasas y agujas. Pero cuando anda con compañeros hay que hacer lo que ellos hagan o largarse y exponerse luego a las críticas. Al menos eso es lo que se estila aquí, entre los plepas de Auria, que no han de ser mejores ni peores que los de otras partes, vamos al decir.

Conque salimos del abrigo de la puente y después de cruzar a la carrera el descampado que allí hay nos metimos por el callejón que forma por uno de los costados el muro del jardín de los Andrada. Al llegar miré a lo alto y vi que por allí no podía gatear ni un mico.

—«¡La madre que lo tiró! —dijo el Milhombres, al percatarse de lo mismo que yo estaba viendo—. El tío ese hizo cortar la hiedra y alisó con callas juntas de los cantos. Vamos a arrodear a ver si se puede subir por otro sitio».

Efectivamente, seguimos el paredón, que allí da una vuelta, y a poco de andar vimos, casi tapado por un montón de tierra de obra, un boquete grande a ras del suelo, que se metía por los fundamentos del muro como si estuvieran abriendo una mina. No había nadie trabajando, claro, con aquel tiempo. Después de pensar un poco en qué sería aquello, nos hicimos cargo de que era para meter los caños de la traída de aguas del Canal Nuevo, como estaban haciendo en otras muchas casas, que dizque ahora la gente rica va a tener la fuente en sus casas, que no lo creeré hasta que lo vea...

Conque, aunque nos íbamos a poner perdidos, pues estaba todo aquello hecho un barrizal, nos metimos por el boquete que entraba por debajo de la tierra y daba paso agachándose. A los pocos pasos, vimos el cielo por otro agujero que subía a pique como una chimenea, y en lo alto se veían las ramas de los árboles. Al llegar allí pudimos ya enderezarnos.

—«¡Ponte tú aquí!» —dijo el Bocas, con aquella su manera de mandar que no había otra contestación más que obedecer. Me agaché un poco y luego de echarme la manta por los hombros, se me subió encima hasta casi alcanzar el borde de arriba, sosteniéndose con los codos. Estuvo un poco aguaitando y bajó de un salto para quedarse arrimado a la pared, muy descolorido, como aquel que se pone malo (que hasta yo creía que era cosa de la poca luz que allí entraba) y con los ojos clavados en nosotros.

—«Pues está ahí» —dijo, temblándole la voz, cosa bien rara en sujeto tan destemido.

—«¿Quién, hombre?».

—«La mujer, la señora esa...».

—«¡Déjate de cañas!».

—«¿No os lo decía yo? —saltó el Milhombres con un hablar asustado, como si ya estuviese pesaroso de que fuera cierto—. ¿Pero la viste bien?».

—«¡Sandiós!, como a vosotros, que no parece cosa de este mundo, os lo digo yo. Estoy sin huelgo...».

—«Yo te digo que te dejes de cañas, que ya tengo veinticuatro años y me pasó el tiempo de creer en las brujas».

—«¡Pero Sandiós! —Y siguió hablando como si nosotros no estuviéramos—. ¡Ponte ahí, déjame ver otra vez!».

—«Pues yo también...».

—«Y yo...».

El Milhombres sacó del bolsillón de la zamarra una botella de aguardiente que había robado en la taberna, y le pegamos bien para coger ánimos. Luego pillamos unas estacas que allí había, así a modo de apeas, y las fuimos espetando en la tierra blanda del boquete que subía, para poder escalar. Yo me quité los zuecos y los até para colgarlos al pescuezo. Subí el primero, pues Juanito aún estaba como aturdido.

El boquete salía a un sotillo de camelias, y estaba todo tan oscuro que las flores parecían luces de color, que me llamó bien la atención, que en momentos así todo llama la atención. De comienzo..., pues, tuve miedo, que no me da la lacha el decirlo; pero más que miedo a cosa de este mundo, pues no soy de los que recelan a las cosas de este mundo, a cualquier cosa que podía venir de no se sabía dónde... Las gotas de la lluvia daban en las hojas de los camelias con un ruido de redoblante... Allí me quedé debruzado, que no me quise levantar hasta que llegasen los otros, y aún me dieron ganas de bajar sin haber visto nada. Pero en esto llegaron y quedamos los tres tumbados.

—«¿Qué?» —murmuré por lo bajo, dándole del codo al Bocas.

—«Hay que mirar por ahí, por entre esos bajos...».

¡Recoño, pues era verdad!... Allá en la galería, que tenía una de las ventanas levantadas, estaba la mujer más hermosa que yo había visto, así Dios me salve... Lucía mismamente como la virgen del cielo, sin ofender en el modo de señalar. Blanca, blanca..., con el pelo negro, negro... Los brazos desnudos, llenos de alhajas, echados para afuera del ventanal como si quisiese que se los mojara la lluvia, y tenía puesto un vestido blanco y, al parecer, muy delgado para el tiempo que hacía, como si no le importase nada. Por lo alto de la cabeza le venía una mantilla o así, y los cabos de ella se bamboleaban en el aire... Y, como se estaba tan quieta, aquella tela semejaba ser la única cosa viva que en ella había, que no era cosa de creer... Si no era ilusión, me pareció que sonreía y que miraba hacia donde estábamos, pero sin pestañear y con los ojos muy abiertos, que hasta imponía...

En esto, a través de los cristales embazados, se vio venir un bulto de hombre por la galería, que al ver aquello la palpitación casi no me dejaba respirar. Se llegó, de a

poco, a la ventana abierta y se puso a la vera de la señora, el cuyo resultó ser un caballero alto, muy alto, de barba roja muy cumplida, metido en un capildó como de fraile, a lo que se veía. Fumaba un puro largo y tenía los ojos muy movedizos, como persona que anda desconfiada o que no está en sus cabales... Miró para el jardín y se puso a farfullar unas hablas que no se entendían, aunque gritaba bastante, y cuando bajaba la voz no dejaba de mover los labios, aún más aprisa, habla que habla... Luego le puso la mano en la cabeza a la madama y señaló con la barba hacia el jardín, como si le mostrase algo..., todo sin dejar de farfullar, con hablas que no tenían fin y que semejaban de mucho enfado, aunque la señora nada le respondía ni paraba de sonreír... En una de esas, pilló fuerte de ella, por un hombro, y de un empujón la echó hacia atrás, sin tirarla, como si la señora estuviese sentada en algo con ruedas, y ahí ya dejamos de verla. Asomó de nuevo el tío aquel, hablando, hablando muy ligero, ahora ya a gritos, y se puso a dar tirones a la barba soplando luego los pelos arrancados, en la palma de la mano, como echándolos al aire. De repente, soltó una risotada tremenda, y haciendo hacia el cielo un corte de mangas, que le decimos aquí, bajó la ventana de un tirón tan fuerte que no sé cómo no saltaron los cristales...

A mí todo aquello me metió tanto cuidado y, así, como quien dice, temor, que casi sin poner pie en las apeas me vi en el fondo del boquete, caído en el barro y temblando como si me diese perlesía. Los otros bajaron, también más o menos, y todos tres sudábamos como a la puerta de un horno.

Sin hablar palabra nos levantamos, le pegamos un buen metido a la botella, y cuando nos disponíamos a salir, se oyó un escopetazo y nos cayeron encima pedazos de hojas de los camelias.

—

—Sí, señor, todo es talmente la verdad, y todo fue tal y como queda dicho, que lo juro por la memoria de mi padre muerto, y namás.

—

—Se lo estimo, señor, pero no estoy cansado ni tengo hambre; si acaso un poco de sed... Además, contando estas cosas se me alivia mucho el «pensamiento», que se me vino encima y no me dejó todo el tiempo que me tuvieron en el cuartelillo de la guardia civil, que estuve bastante jodido, que ni podía cavilar en lo que había pasado, así como el que está soñando o en duermevela, vamos al decir.

—

—Como usía disponga, que es el que manda, pero con tal que me dejen aguardar aquí, que se lo pido a usía como de mucha merced. Pues si me devuelven al cuartelillo no sé qué va a pasar, que prefiero, si no es mucho pedir, y aunque no soy culpado, que me lleven de una vez a la cárcel.

—

—¡Parece mentira que esa pregunta me la haga un hombre, y más un señor de tanto saber y mundo! Bien se comprende que nadie puede ponerle la mano en la cara a un cristiano, hombre mozo y de buena sangre, como hicieron esos conmigo,

teniendo uno las manos esposadas y sin poderse valer, que hasta se sienten ganas de morir de rabia y de asco... Eso no es de hombres, que ni sé cómo hay hombres cristianos como ellos y, desde luego, mucho más valientes, que ya se vería si uno no estuviese esposado... Así que le pido como mucho favor que...

—

—¡Que Dios se lo pague a usía, en su vida o en la de sus hijos, si los tiene, que es mucho de agradecer y se lo agradezco...!

—

—Como usía ordene.

CAPÍTULO II

—
—¿Pero por qué, señor, si no molesta la pregunta?

—
—No sé qué es incomunicado, pero por más que así sea, y así tiene que ser ya que usía lo dice... Pero, vamos a ver, ¿qué mal haría a nadie el que ella misma me diese aquí la comida que me trae? Aunque tengo que decir que no me importa la comida, sino es por verla...

—
—Por más que así sea... Que la Rajada esté en la Prevención hasta que se aclare lo mío, tiene su aquel de razonable. Pero ¿qué tiene que ver mi madre en todo esto? Ya que está ahí... Solo darle una caricia para sosegarla, que ya se sabe lo que son las madres, que todo lo exageran... Quiero decirle que no hice nada de malo y que estoy aquí para declarar y que nadie puede achacarme lo que no hice... Además, algo me irá a contar del pequeño, que yo creo que un hombre con obligas tiene derecho a saber de los suyos.

—
—¡Qué va! La pobre es tan sorda que oirán lo que hablamos sin moverse de aquí... Y a lo mejor no hablamos nada, fuera de preguntarle por el rapaz. La pobre vieja hace ya años que se cansó de hablarme ¡que maldita sea la hora en que me echó al mundo, que mejor fuera que me hubiese echado al corral de los cerdos, perdonando...! Ya casi ni me hablaba... Todo era mirarme, con aquel mirar lloroso y callado, como quien mira a uno que no tiene remedio, que más preferiría yo que me partiese a maldiciones y no aquel llorar y llorar solo diciendo: «¡Descansa, hijo, descansa! ¿Cuándo vas a descansar de una vez?». Y namás que eso...

—
—Bueno, será como usía disponga, que de leyes nada entiendo, ni falta puñetera que me hace, y ojalá que los que las hacen lo encuentren de indulgencias en la otra vida.

—
—Nada, señor estaba hablando para mis adentros, disimule...

—
—Sí, señor... Pues tengo que decir que seguía lloviendo a chuzos...

—
—Ah, eso le parecerá a usted, pero yo tengo que decir que la lluvia tuvo mitad de la culpa, aunque no se crea, que usted no puede saber lo que aquí nos hace falta la lluvia, cuando viene así, duro que te pego, sin parar, a veces meses y meses... Si en lugar de aquel orvallo, frío y apegadizo, que me encontré a poco de salir de casa, y de aquella lluvia sin tregua que luego se echó sobre el mundo, que era como andar con la pesadilla sin tener por dónde salir, muchas cosas no hubieran ocurrido, pues yo me

hubiera ido al trabajo sin que nadie fuese quién para detenerme. ¡Mi palabra de hombre, señor! Porque una cosa es lo que uno pueda hacer con el jornal que gana, y otra muy diferente es ser holgazán de naturaleza y no saberse valer en la vida, y querer pasarse el tiempo de papaleisón, que es un decir. Yo soy hombre de trabajo, todo el pueblo lo sabe, que nunca estoy *de más* sino cuando no lo hay para nadie. Y me gusta tanto de invierno como de verano, que aún le digo que en tiempo de frío seco todavía me gusta más meterme a la faena. Usté no lo sabe ni tiene por qué saberlo, como hombre de pluma que es. Pero yo le digo que llegar entumido de frío, tirar de chaqueta, escupir en las manos y duro que te pego con el mazo en el pedernal, hasta sentir que la sangre va entrando en calor y que van subiendo por la garganta las ganas de echar una cantiga... y no le digo nada, cuando el sol ya va montando por el lomazo de Santa Ladaíña y... ¡Bueno, ahora se jodió todo!

Conque, como iba diciendo, como la lluvia no paraba, fuimos a recogernos junto al caño grande del lavadero de la Burga^[1], que es de piedra y se calienta con el agua que sale, y se está bien allí... que es donde se juntan los pobres de pedir, cuando hay mal tiempo. Con un cajón que encontramos hicimos un fuego de astillas para asar un trozo de carne adobada que Milhombres pillara en la taberna, ¡porque ñas como las de ese...!

Comimos en seco y ellos se dieron cuenta del aguardiente que quedaba. Después se metieron otra vez a dormir, que no sé cómo hacen algunos para encontrar el sueño cuando les peta... Yo me puse a pensar, a pensar, como hago siempre cuando no ando con el «pensamiento». Porque el «pensamiento» es cosa muy diferente del pensar. Cuando pienso, soy yo el que gobierna la cavilación, pero cuando se mete en mí el «pensamiento» me vuelvo otro, mismamente como si no fuese yo... Pensé en la pobre Rajada que habría ido, con toda aquella agua de dios, a llevarme la comida a las obras, como habíamos quedado; tan alegre cuando estábamos a bien, y en el buen tiempo traía al rapaz y comíamos juntos allí, al pie de los pinos... y pensé en mi madre, y pensé en cómo habría sido mi padre, al que no conocí, y, por lo que me decían, no había perdido mucho; y pensé en aquel hermano que nunca más se volvió a saber de él, desde chico en las Américas, y pensé en mi hermanilla, en aquel mal que le daba y aquel quedarse tiesa y descolorida horas y horas, hasta que Dios bajó las manos por ella, que dizque todo le había venido en la sangre por la enfermedad que mi padre había traído de Cádiz, cuando allá estuvo de barrendero, siendo aún mozo. Y pensé luego en otras cosas que ya habían pasado y en otras que iban a suceder, porque esto es lo jodido que a mí me ocurre al ponerme a pensar, a pensar, no solo en lo que ya ocurrió, sino en lo que tiene que ocurrir, que lo veo tan patente como si ya estuviese ocurriendo, que hasta me da miedo... Si no pensase tanto, me decía para mis adentros, sería como esos que ahí están a sus anchas, con el bandullo lleno de comida, durmiendo como chicos entre una diablura y otra, que así es, y cada uno es como es... Pero yo no. Yo cavilo las cosas, pasando de las que son a las que no son, y de unas en otras siempre llego a la muerte, y entonces ya no pienso más,

porque al llegar ahí es cuando me coge de lleno el «pensamiento», que es como marcharme de este mundo, y que no es el irle pasando a uno las cosas por la mollera, una a una, como suelen, con sus lugares, sus caras y el nombre de las cosas. El «pensamiento» es venir todo junto y embrollado en un solo instante, hasta que ya no aguanto más y todo se me borra... Que así es la cosa, como si fuese enfermedad, aunque doler no me duela nada. Cuando me viene de repente, es como algo que se me creció, así, como dentro de la tabla del pecho, perdonando el modo de señalar, como si me quisieran estallar los pulsos, y que me lleno todo de una fuerza tal como si fuese a saltar en pedazos. ¡Qué barbaridad! Pero otras veces me viene adespacio, y es como una cansera, como cuando uno se empieza a dormir, y comienzo de hundirme, de hundirme, que es cuando más miedo me da, que despierto de un salto, porque tengo cavilado que si me dejo ir hasta hundirme del todo la cosa no va a parar hasta la muerte. Y, si a mano viene, puede ser que sea la muerte que anda ansiosa de mí para llevarme sin enfermedad, como quien se duerme, que ya se han visto casos... y las más de las veces que me doy al vino es para librarme de eso, aunque no se crea, pero cada uno sabe lo suyo y Dios lo de todos. El vino es lo único que me aparta del «pensamiento», lo único que me saca de este ir cayéndome para dentro de mí, que no me puedo parar sino en la muerte... No sé si usía me entendió, pero ahora ya lo sabe todo.

—

—A eso iba, señor, pero no podía seguir si no me libraba de lo que dejo dicho, que aún servirá para que entienda arras cosas que pienso ir diciendo.

Conque seguía cayendo aquella lluvia, ahora como aguanieve, que hacía más espeso el vaho que se levantaba del lavadero grande, y el aire venía revuelto con el olor de la ropa y el jabón, y también del estiércol, con permiso de su cara, que vaciaban las triperas al limpiar los callos en el agua hirviendo de la pila chica, donde también se pelan los pollos y las gallinas, como usté me enseña. Allí estaban, las pobres, con los mandiles de lana por la cabeza, entre el friaje del tiempo y el agua hirviendo, con los pelos escurriendo lluvia, limpiando los pollos para el señorío. Pobrecillas, y algunas hasta cantaban. ¡La perra vida del trabajador!, como dice el Serantes en los *mítines*.

Al despertar aquellos cerdos, perdonando, y como no escampaba, quise convencerlos de que lo mejor sería largarnos cada uno para su casa. No quisieron. A decir verdad, tampoco yo tenía muchas ganas. Hablamos de qué se podría hacer. Yo propuse ir a comer a la taberna, y ellos me miraron con cierto misterio, que no sé a qué venía, como si temiesen algo...

Fue aquí cuando dijo el Milhombres que él sabía dónde podríamos pasar una buena tarde, al caliente y con un buen trago, solo que no había que ir de vacío, y que si le dábamos dinero iría al mercado a procurar algo de comer para que llevásemos. Se lo dio el Bocas sin pedir escote, pues andaba muy rumboso; y, sin más, Eladio echó la manta por la cabeza y, remangando los pantalones, se fue por la lluvia con

aquellos trotes de perdiz que tenía al caminar aprisa.

Volvió de allí a poco, con un fardel lleno de viandas, y nos echamos a andar, yo de mal humor y sin preguntar nada. Juanito el Bocas ya debía hacerse cargo de adonde íbamos, pues sin abrir el pico se echó a andar, delantero como siempre, hacia los pasales del río.

Ya en camino, me fue diciendo el Milhombres que íbamos junto a un pariente suyo, un alquitranero que estaba trabajando, a contrata, en el bagazo de la cosecha de los señores del Castuelo, y que lo pasaríamos muy bien allí, en la bodega del pazo, al lado de la lumbre, bebiendo cuanto nos petase del aguardiente que estaba destilando. Y aunque yo protesté que era muy lejos y llegaríamos empapados, lo cierto es que, aunque costara trabajo llegar, el día no estaba propio más que para meternos al abrigo.

Por otro lado, resultaba ya bien claro que aquellos, sin saber yo por qué, trataban de no entrar al pueblo o, al menos, de no ir a los sitios donde solíamos hacer nuestras «esmorgas», que es como aquí le decimos al andar de parranda, o séase de juerga, que también le dicen; todo como si anduviesen fugados o algo así.

Tuvimos que atravesar el río muy despacio, pues venía lleno con la crecida y los pasales estaban casi al ras del borbollón del agua, y cogimos el camino de subida por la parte del Saltodocán... A mí me dolían los pies tan por extremo que acabé por quitarme el diablo de los zuecos que no me servían, más que para encharcar agua.

Los otros corrían delante de mí, tapados con la manta y sin darme respiro. De vez en cuando, soltaban una risa o echaban un juramento al dar un tropezón contra los cantos del camino. Al paso que íbamos subiendo, la lluvia venía más apretada y dura en las rachas de noroeste que cogían el cuerpo como si viniese de costado, zumbándome en la cara hasta hacerme daño y metiéndoseme por debajo de la ropa, mojándome talmente como si no la llevase. La tierra de los bancales estaba barrosa, con los surcos de la labranza casi como arroyos, y cuando teníamos que meternos a campo traviesa, para atajar, nos hundíamos hasta las canillas.

Al fin llegamos al planalto, al pie del castro, donde está el pazo del Castelo, y nos paramos a coger aliento pegados al muro, debajo de unos cipreses que maldito lo que nos acogían. Tan mojados estábamos que no había modo de armar un cigarro. Los librillos de papel estaban como mazacotes, pues el agua nos había entrado hasta las petacas.

A mí, inclusive me vinieron unos calofríos que no sabía si eran de hambre, de calentura o del estrago de los pies, pues sentía las llagas de los sabañones como si me las fregasen con papel de lija.

—«¿Qué coño se hace aquí?» —dijo el Bocas, de mal modo, sacudiendo la zamarra.

—«Mi pariente no está avisado —habló el Milhombres—, pero es lo mismo. ¡Vamos!».

Anduvimos un poco y entramos por la cancela del huerto. De allí fuimos a dar a

un patio.

—«Acogervos en aquel alpende mientras yo vaya hablar».

Entramos disimulándonos por detrás de unos carros para que no pudieran vernos desde el pazo, que estaba a la otra banda de aquel gran patio empedrado, grande como una plaza, rodeado de casucas de cantería, llenas de aperos de labranza. Se veía que era casa de mucho poder... En los balaustres de los balcones y galerías colgaban enristradas, las mazorcas de maíz, brillando con la lluvia.

El Milhombres apareció a poco dándonos señas de que entrásemos, y allá fuimos, apegándonos a los muros.

Detrás de la puerta de entrada a la bodega estaba esperándonos el pariente, con una cara de vaina que no había más que verlo para percatarse. Tenía los colores arrebatados por la cercanía de la lumbre, y los ojos alegres y achispados, uno de ellos un poco esviérico. Al andar cojeaba un poco. En cuanto se puso a hablar caí en la cuenta de que era conocido mío, uno llamado el Calandria, a quien no veía hacía mucho tiempo. No era del pueblo, pero habíamos andado juntos en una romería del Santiago de las Caldas, haría de esto unos tres o cuatro años. Era uno de aquellos mozancones de las aldeas vecinas, de allá, de los altos de Amadeo, que son muy *farrias* y que andan al olor de las mujeres, por hilanderos y deshojas del maíz, en el invierno, y de una romería en otra todo el verano... De muchacho estuviera en el pueblo, aprendiendo de no sé qué oficio, y todo lo que aprendió fueron las astucias y milmañas de los golfantes de Auria, pues estos aldeanos, en cuanto se espabilan, son peores que nosotros.

Cuando me lo hizo recordar, también me acordé que nos habíamos visto otra vez en Tuy, que estaba yo haciendo el servicio del rey. Él andaba por allí, con una rueda de afilador y una baraja, mixturado con feriantes, mangantes, capadores y carteristas, todos gente cabal, es un decir, que pasan, de un oficio a otro, asegún se presentan las cosas, listos como centellas, eso sí; andaban a la caza de babiones portugueses, que caían a Tuy con motivo de las fiestas patronales, los cuyos son de mucho rumbo, que vienen del otro lado de la frontera del río y gastan en oro brasileño.

También me dijo que ahora sentara cabeza, viniendo a mayor seriedad, no solo porque ya andaba en los veintiséis, sino porque su padre estaba impedido y tenía él que apencar con el trato del alambique, que lo alquilaban para la faena y que era oficio de gente formal.

La bodega se veía que era de casa muy rica, abundante de todo a decir basta. Nada faltaba de comer ni de beber al alcance de la mano, como quien dice. Jamones, chorizos y grandes tocinos enteros colgaban del techo, que no sé cómo al Milhombres se le pudo ocurrir que llevásemos nada, como no fuera para hacerse el cumplimentero; las alacenas repletas y abiertas, y pegados a la pared grandes bocoyes de vino que llegaban casi al techo.

Conque el Calandria emprinció por damos, en unas tazas blancas, de las del vino nuevo, de aquella aguardiente acabada de hacer, que era un bien de Dios sentida

por el garguero, que casi no se sentía, como un jarabe templado y más dulce de cómo es fría.

El Bocas, casi desde que llegáramos y apenas empezamos a beber, se quedó muy caviloso, sin meterse en la conversación, ni siquiera dar las gracias o hacer alabanza de la bebida, como se usa siempre que le convidan a uno. Repetía de la aguardiente, dándole una vez y otra la taza al alquitarero, como si la bebida fuese de pago, y nada decía, que a mí hasta me daba vergüenza tal modo de proceder... Ya desde la mañana le venían aquellos prontos de quedarse mudo y como con rabia por dentro, que ni podía preguntársele nada; y aunque era medio mudo en el natural de su carácter, cuando se andaba con él de parranda, pues no era así, sino más bien animado y hablador.

A la tercera taza que vació, casi sin coger huelgo, la cara se le abermejó y le empezaron a brillar los ojos, que los tenía muy francos y claros, como de niño, vamos al decir, aunque cuando andaba con el cabreo se le recogía el mirar y aguichaba los párpados como aquel que no ve bien...

Conque, así, como quien despierta, volviéndose hacia mí como empalmado un pali que ya empezado, me soltó:

—«¡Que te digo otra vez que era una mujer de mucho, de mucho Sandiós! No se me va la idea, ¡me caso en tal!... ¿Qué dices de eso, Castizo? ¿Es que a ti no te calentó?».

El Milhombres, que andaba por allí trajinando, se quedó quieto, aunque disimulando, para oír lo que el otro hablaba. Luego, como para desviar el asunto, dijo hacia el Calandria:

—«¿Y no vendrá alguien, que te podamos comprometer?».

—«Lo que es por eso, podéis estarvos tranquilos. No hay nadie con mando en el pazo, y la casa está por nuestra hasta la noche. Los señores bajaron al pueblo, por morde de la madre de la señora, que dizque está tan enferma que no pasará de esta semana, Dios lo haga mejor. Y don Florestán se fue muy de mañana, a caballo, a la parte de Bentraces, por un lío de renteros que hay por allá».

—«¿Quién es don Florestán?».

—«Pues el Saltaparedes, o sea el administrador. ¡Tiene más mal genio que el dios que lo hizo!».

—«¿Y la otra gente de la casa?».

—«Con este tiempo y sin el Saltaparedes, ahí se están, apegados a la cocina, bebiendo y royendo, que nadie se lo tasa. ¡Casa como esta...! Lo que, sí, les está prohibido entrar en la bodega... ¡Han armado cada una...! Me contó mi padre, para precaverme, que una Nochebuena, que los señores se habían ido al pueblo, a pasarla con unos parientes, hicieran una de esas de no te menees... Después de beber hasta sudado y de comer otro tanto, entró el diablo en ellos y les dio por ataviarse, de pies a cabeza, con las ropas de los señores; y muy metidos en paletós y polisones, se fueron a bailar muiñeiras y ribeiranas al salón de los espejos, con la tía Fuca y el Mingo, que

son los criados más viejucos, sentados en el estrado, como haciendo de amos, y tan borrachos los dos estafermos que al día siguiente no se acordaban de nada... Cuando llegaron los señores, casi mediada la mañana, se encontraron con aquel estropicio, pues todos estaban durmiendo la mona en el mismo lugar donde los tumbara el sueño, hasta en las propias camas de los amos y de los niños. Y aunque los amos son buenos como el pan, los echaron a todos, menos a los más viejos y a los que habían nacido en la casa; de los otros no quedó ninguno, aunque pidieron perdón y metieron empeños... y hasta se dijo que dos rapazas, de la Valenzá, que estaban a jornal para las labores del lino, resultaron preñadas, aunque en estas aldeas es mucho lo que se habla de más... Desde entonces, nadie puede venir a la bodega sin permiso, y menos estando el alquitarero; pues, por lo visto, en aquellos años, cuando se andaba en la destila, con aquel de venir a probar la aguardiente nueva, se pescaban cada rolla que Dios me libre...».

El Calandria era muy parlanchín, y cuando pegaba la hebra hablaba hasta por los codos, sin darse siquiera tiempo para remudar el resuello. Yo no le hacía mucho caso, y por lo tocante a los otros, también le dejaban despacharse a su gusto sin darle mucho crédito, pues a lo mejor la mayor parte eran trolas y fantasías, como es propio de todos esos que corrieron mundo.

El Bocas se había quedado encogido, cerca de la piedra del lar, casi pegado a la lumbre, que ni sé cómo no se abrasaba. La verdad es que estábamos molidos, con la ropa tan apretada a las carnes como un cuero que se fuese encogiendo, que hasta echaba humo y daba escozor. Solo el Milhombres, como si tal cosa, andaba de aquí para allá, canturreando y cacheando en las alacenas, juntando cosas para preparar el yantar, porque aquel tenía que andar siempre haciendo algo. Al vaciar el fardel donde había traído las viandas del mercado rodaron unos duros de plata, ocho o diez, por la tapa de la artesa, y se puso muy colorado.

—«¿De dónde te vinieron a ti esos cuartos?» —preguntó el Bocas.

—«Pues mira..., no sé —contestó con voz llena de falsía—. Se le habían caído dentro de la saqueta a la tía Delfina, cuando le compré el jamón... ¡Cómo se va a afligir cuando los eche de menos, la pobre!» —y se puso a reír con su risita de costurera. Los otros también se rieron, dándose cuenta del calote, pero yo no me reí. Uno será lo que se quiera, pero una cosa es darse a la bebida y otra ser ladrón, aunque algunos le echen la culpa al vino para hacer las cosas que llevan de siempre en su alma negra, tengan o no vino en las entrañas.

Conque a mí me seguían los calofríos y el estornudar seguido, como aquel que va a acatarrarse, y fue aquí cuando dijo el Milhombres:

—«Quitaros la ropa y ponerla a secar, que si os quedáis con ella puesta aún vais a coger una pulmonía».

Y no bien dijo esto se puso a querer arrancarle la zamarra a Juanito, que lo apartó de un golpe.

—«Lleva razón este —se metió el Calandria—. Podéis acomodaros como vos

pete, que ya os dije que aquí no viene nadie».

De allí a poco el Bocas, que seguía sin hablar, mirando a la lumbre como atontado, se fue quitando las prendas hasta quedar solo con los calzoncillos. Luego los dejó caer también, y al final se quedó tan en cueros como lo habían parido, es un decir.

—«Y tú te vas a desnudar también» —dijo hacia el Milhombres, mientras tiraba la ropa sobre el lomo de la alquitara. Tenía el cuerpo blanco y fuerte, de carnes secas y abultadas, y parecía mucho más recio que de vestido. En medio del pecho se le veían una herida larga y poco honda, como un arañazo, que le iba a parar al hombro izquierdo... Con la uña se puso a raspar el cuajo de la sangre, pues se veía que era cosa de hacía poco, un día cuando más. Luego pilló un poco de ceniza y se bizmó con ella, metiéndola por los cantos del rasguñón para empapar la sangre nueva que le salía, todo ello sin pestañear, como si fuese en carne ajena.

—«¿Qué tienes ahí, hombre?».

—«Son los chistes de este, que le gusta hacerse el guapo...» —dijo el Milhombres.

—«¿Vas a callar el pico, charrán?» —gritó Juanito, yéndose a él.

El otro se echó a correr, a esconderse detrás de un pipote, y el Bocas nos aclaró:

—«No fue nada, unas palabras con Balbino el cebolla, que sacó para mí una navaja... ¡Figurarse, una navaja para mí...! Yo a mano limpia lo que se quiera, pero aguanto mal un arma delante de los ojos. ¡Es que no aguanto, sea quien sea!».

El Calandria escuchaba aquello muy atento, pero sin mirarlo, y luego le preguntó, con algo de voz temblona, pero sin darle mucho aquel de intención a la pregunta:

—«¿Fue anoche, en la taberna del Narizón?».

—«Sí, ¿por qué?» —respondió Juanito, mirándole muy escamado.

El Calandria nada dijo, aunque el otro le asegundó la pregunta. Pero bien se veía que algo le quedaba en el pago... Casi en seguida se puso a decir, sin venir a cuento, que cuando escamparía, que cómo íbamos a hacer para irnos, que no convenía que nos cogiese allí la noche y otras cosas así, por lo que colegí que lo había puesto intranquilo lo que el Bocas acababa de contar.

Yo sentía la condenada ropa tan apegada al cuerpo que me picaba como si la tuviese llena de piojos. Y total, como estábamos entre hombres pues fui y me la quité toda, poniéndola cerca del fuego. En estas apareció el Milhombres, también medio desnudo; y con aquella disposición con que todo lo hacía, pescó por allí una sogá y se puso a tender la ropa de todos, bien estirada. A mí me daba risa el vedo. De medio cuerpo abajo, se había puesto un mandil que le tapaba por delante y le dejaba al aire las nalgas gordas y temblonas. Tenía el cuerpo muy blanco, aunque lleno de verdugones de los golpes, y las carnes fofas, seguidas por los vacíos sin cintura, como si no tuviese debajo los fundamentos de los tendones, como tenemos los demás hombres, y al moverse le temblaban los pechos, como a una mujer, que hasta daba reparo y tenía su aquel de gracia.

Al Calandria le dio un pronto de risa como si fuera a reventar, y yo tampoco pude contenerme. Y en una de esas, cuando pasó cerca de mí, le pegué una buena guantada en el nalgario, que sonó como cohete. Se volvió furioso, gritando como una tía.

—«¡Vaya, caraja! ¡Las manos quietas, eh!... ¡Y tú a ver si paras de reír que no soy ningún carnaval, que si nos fuéramos a reímos unos de los arras, yo no hubiera parado desde que aquí entré, con ese ojo revirado que tienes de nación y esa pata que te quebraron los *guardiñas* portugueses, cuando te pescaron metiendo contrabando, que aquí todos nos conocemos!».

El Calandria hizo ademán de querer írsele encima, pero se encogió de hombros y paró de reír. El otro siguió trajinando como si nada, canturreando por los altos de la nariz y meneando adrede los cuadriles al andar, que no se sabía si daba asco o risa.

El Bocas estaba callado, con el sobrecejo recogido, como quien piensa, con la vista fija en el fuego, sin pestañear.

—«¿Qué te pasa hombre, que te veo tan caviloso? Ese no es tu genio en las parrandas, algo tienes...».

—«Es mucho asunto ese de la mujer esa» —dijo, como hablando para sí.

—«No creas, tampoco a mí se me va de las mientes. ¡Sí que es mucho caso...!».

—«¡Bueno, redíos —se metió el Milhombres, con voz de despecho— que ya os estáis poniendo empalagosos con eso...! Es una mujer como otra cualquiera... ¡A ver si ahora resulta cierto que hay brujos como en los cuentos de viejas...!» —y con la misma se puso a batir, con rabia, unos huevos en un barreño.

—«¿De qué mujer habláis, si se puede saber?» —preguntó el Calandria. Nosotros nos miramos y no respondimos, como si estuviéramos de acuerdo en un secreto. Volvió a preguntar y terció el Milhombres, con voz de quitarle importancia a la cosa:

—«Bah, pamemas de estos que tienen el vino fantasioso... ¿Dónde andan las cebollas?».

No había ni que pensar en salir. Seguía cerrado de agua como si fuese la última lluvia de este mundo. Se oía el turbión bajando de los altos del castro por las veredas trocadas en ríos, aunque al asomarme a la ventana vi que la tronada viraba a norte y que no tardaría en pasar al tiempo frío, con nieve o helada otra vez. ¡Qué bien se estaba allí, al amor del fuego y con aquella aguardiente tan cariñosa, que yo iba bebiendo a los pocos para saborearla con todo el juicio, mientras afuera se escachaba el temporal contra los muros de la casona! Los pies ya no me escocían ni me dolían, que los había metido en la ceniza caliente, y sino fuera por el olor de la comida, que había aderezado el Milhombres, gusto me hubiera dado el quedarme dormido, tal como estaba, desnudo, con la frente en las rodillas, sintiendo el silbido de los sarmientos en la gran lumbre del alambique...

Como ya había venido el oscuro, el Calandria encendió un quinqué y comimos como abades y bebimos vino de la cosecha vieja, del reservado para los amos, que el Calandria traía en una vasija de barro... Beberíamos una media docena de vasijas, más o menos, casi sin sentirlo, no solo por lo mucho que engullimos, sino porque

tenía un *labio* muy suave y grueso, como aceite, y no era como el morapio de las tabernas, que se bebe como gaseosa y que nunca se ve lleno uno... Luego volvimos a la aguardiente, esta vez quemada con azúcar moreno... ¡Qué bien se estaba, sandiós, en aquella bodega!, harta y caliente, que hasta pereza daba ponerse a pensar que aquello tenía que dar fin de allí a poco y que habría que salir otra vez a la lluvia.

Mientras yo andaba en esas cavilaciones los otros cantaron y bailaron, armando el bureo propio de tales casos. El Milhombres se echó por encima unas ristras de ajos, a modo de collares, y se puso a hacer la imitación de las madrileñas que vienen al café cantante, echando coplas y meneándose de caderas, propiamente como una zorra, es un decir.

Luego el Bocas y el Calandria echaron con él unos bailes al agarrado, y cada vez que el Calandria le sacaba la pareja, se la dejaba de tan mal modo que semejaba provocarlo a pelear...

Yo no quise meterme en aquello, que me daba reparo andar así, unos hombres con otros, y más aún desnudos como estábamos. El Milhombres hacía burla de mí llamándome pasmón, Juan Lanos y otras cosas, que yo ni caso le hacía. Pero en una de esas intentó quemarme con un tizón en salva sea la parte, perdonando, y aún esto se lo aguanté hasta que dijo:

—«¡Mirar lo que tiene ahí, el condenado, que parece la del burro de Cerralleiras...! Ni sé cómo te la aguanta la Rajada...».

Que fue ahí, cuando oí mentar a mi mujer, que me vino un repente, así como si perdiese el juicio, y poniendo mano en él en nada estuvo que lo echase al fuego vivo, casi sin apercibirme de los golpes que los otros me daban para que lo soltase, que yo ya estaba lo que se dice ciego por todas las asquerosidades que antes hicieran y otras que no conté, pues lo dicho, en realidad, no era para tanto... Yo lo tenía cogido por la cintura, con las uñas clavadas, y él chillaba como un marrano en el potro; y lo que más rabia me daba es que no sabía si eran gritos de dolor o de gusto, que tanto asemejaban quejas como risas, que esto era lo que me sacaba de mis cabales y me hacía arrearle con más fuerza...

En una de esas, que me separaron, como estaba ya ensañado y quería seguir dándole, el Calandria me echó encima una vasija entera de vino para sosegar me y me sosegué. Pero en seguida, el Bocas quiso pelear conmigo y yo también le andaba con ganas, que ya me tenía hartado con tanto mando y chulería.

Conque nos agarramos a pegarnos duro, como cosa de hombres mozos cuando tienen bebida y pierden el tino, y el Calandria se puso a jurar a gritos... El Milhombres chillaba a romper los oídos, y nosotros dos, como ya teníamos el cuerpo algo flojo por la bebida, luego de darnos unas cuantos a mano limpia nos pusimos a tirarnos todo lo que pescábamos, platos, vasos, los pucheros de la cocina... Como yo no tenía más que mandar y el Bocas me largó un banco que casi me descalabra, le mandé el quinqué, con tal mala pata que fue a reventar adentro de la leñera, sobre unos haces de paja y astillas para el encendido.

El fuego se abrió en seguida, como pólvora, y nos pusimos a tratar de apagarlo, que ya se veía que era imposible... En eso asomó un rapaz por el ventano y apenas llegó a decir:

—«¡Llegó el Saltaparedes! —Y en seguida se fue gritando—: ¡Fuego, fuego...!».

Nos echamos a la ropa, y aún casi no teníamos metidos los pantalones cuando apareció en la puerta un caballero largo, de polainas, con un gran vergajo en la mano. Salimos por una ventana que daba al camino y fuimos a parar a un soto de castaños donde acabamos de vestirnos malamente, bajando luego, casi a revolcones, hasta ir a dar en la carretera de Celanova. Allí tomamos alientos...

Luego pegamos un arroteo para volver a la ciudad, y fuimos a salir a la puente grande de la Burga. Al pasar, vimos en el petril mucho gentío, mirando a lo lejos... Había ya escampado y un tremendo norte barría con todo... Uno que iba corriendo, nos gritó:

—«¡Pegó fuego en el pazo del Castrelo...! ¡Arde entero, como yesca!».

CAPÍTULO III

—

—No, señor, no tengo ni más ni menos ganas de hablar que ayer. Lo que pasa es que, de aquí adelante, tengo que pensar bien las cosas antes de soltarlas... Tengo que remolerlas bien, es un decir... Toda esta noche les estuve dando vueltas, que lleve el diablo lo que dormí, pues se me enredaban todas en la cabeza como aquel que no puede discernir; a caballo una de las otras por la mollera, que hasta me semeja que tantas no son para pasarlas en una sola noche.

—

—Sí, señor, sí... Pues los hechos, como usted me enseña; es que estábamos entontecidos de bebida y de cansancio y no sabíamos para dónde tirar, pues las cosas habían ido de mal en peor, y ya también a mí me daba miedo ir a parar donde hubiese gente conocida, y a nosotros nos conocían en todos los sitios donde quisiéramos ir.

El tiempo había cambiado para escampado y frío, pero aún venían rachas de cellisca. Ya había cerrado la noche y en los arrabales no se veía alma viva. Íbamos bien arrimados a las paredes para libramos de los charcos y también de los chorros de agua que aún caían en medio de la calle desde los caños de los tejados. Las casas de pajarraco parecían ir a derrumbarse ablandadas por el aguacero, y las rachas del norte, que ya venían limpiando, deshacían en el aire los hilos de agua que escurrían de la canal de las tejas.

Pasando por el barrio de Curtidores, casi nos vencen las ganas de entrar en una de aquellas tascas, llenas de gentío y de humazo, pero no nos aventuramos. Juan el Bocas era el que más se cuidaba de que no lo vieran, y marchaba, alabado y en silencio, a grandes pasos, delante de nosotros.

En la fuente de San Cosme bebimos, a morro, en el pilón unos tragos de agua que, de allí a poco, nos hizo echar, con licencia, todo cuanto teníamos en el cuerpo. Todos tres, con permiso de su cara, vomitamos como perros, fuera el alma, con lo cual se nos fue yendo la pesadez y, a poco, comenzamos a sentirnos alegres y retozones, sin saber por qué. Cuando pasábamos por algunas bocacalles que daban a poniente se veía, a lo lejos, el cieno rojo por el incendio del pazo, y cada uno miraba hacia allá con disimulo de los otros; pero nada nos decíamos, como si aquello no fuese cuenta nuestra.

Y así fuimos a salir al barrio de la Peña Vigía y allí nos mentimos en un portal para determinar qué haríamos, pues no era cosa de andar toda la noche de aquel modo. El viento iba cayendo y no había ya nubes, con lo cual era patente que la noche sería de gran helada.

—«¿Cuánto dinero tenéis?» —preguntó Juanito.

Yo tenía unos reales, pues le había dado todo el jornal a la Rajada.

—«Yo diez duros, y los vamos a joder todos esta misma noche» —saltó, muy rufo, el Milhombres.

—«A mí me quedan cuatro o cinco... Sobran para seguirla. ¿Pero a dónde vamos?».

—«Yo, a mi casa, a la de mi madre». —Y esa era la verdad; no tenía yo ganas de meterme en más barbaridades, que bastante habíamos hecho.

—«¡Estás loco! ¿Te crees que va a ser fácil, ahora, con los tíos que dejamos atrás...? Donde primero te buscarán será en casa de tu querida, luego en la tuya, ¡de eso ni hablar! Hay que seguirla... De pagarla por una, pues se paga por ciento. Creí que eras hombre para más, y antes lo eras, Castizo. Se ve que caíste entre las zancas de tu mujer, que no hay nada peor para un hombre macho que apegarse a una sola. ¡Hay que seguirla y se acabó!».

A mí aquella manera de mandar me amolaba mucho.

—«Pues lo que es por mi parte no sé qué tengo que esconder ni qué pueden achacarme; saberlo bien, que yo nada tengo que ver en lo que venís arrastrando desde anoche».

—«¿Y quién tiró el quinqué que puso lumbre al pazo?».

—«Se me fue la mano... ¿Qué sabía yo que iba a reventar de aquel modo, y qué culpa tengo de que fuese a parar a la leñera cuando se me fue el tino de la dirección, al resbalármese?» —y esa era la verdad...

Aún seguimos disputando un poco más, pero como no levantábamos la voz era como si no disputáramos, pues lo hablábamos por lo bajo para no ser oídos por los vecinos.

Conque, luego de decirme uno y otro que tan sucios estábamos unos como otros, y que no era de compañeros separarse, y que tal y qué sé yo, pues labia no les faltaba, determinamos irnos de putas, aunque al Milhombres no le hizo mucho al caso, se veía, pero nada dijo, y solo puso como condición que no fuésemos a casa de la Matildona, sino a la de la Monfortina, que era de más lujo, pero no era por el lujo, sin por otra cosa que luego diré.

Conque allá fuimos. Pero en la casa de la Monfortina no nos quisieron admitir; por lo visto, tenían unos viajeros, de mucho rumbo, que habían tomado la casa por suya para aquella noche y la mandaron cerrar a todo gasto de cena y dormida. Eso fue lo que nos dijo la Culipava, asomando por la media puerta de arriba, sin abrir la de abajo, dándonos a entender que no entraríamos por mucha saliva que gastásemos. Y si abrió para poder contestar más cabalmente que por la mirilla, fue porque conoció la voz de Juanito; pues el Bocas era muy alabado entre las tales, como hombre de cama, aunque no era hombre de salón, por bailar mal y por su mucha tozudez.

La Culipava se quedó un poco entretenida con el palique y por mor de la simpatía que ya dije:

—«¡Santísima Virgen!, que no sé cómo vos aventuráis a andar en esa disposición con el tiempo que hace... Si no estuvieran estos fletes que son amigos de la Monfortina...».

—«¡Qué tanto explicar! ¡Fuera de ahí, coño! —Apareció la Pioja, asomando sus

hocicos lardosos de tragona y su nariz de borracha—. ¡No se entra, y ya está!».

—«¡Mira qué carnaval de hombres! —rio la Culipava, con un aquel de querer echarlo todo a broma para aplacar—. Vienen con Juanito, el Bocas» —añadió, para darse autoridad.

—«Aunque vengan con usía el gobernador, cierra esa puerta. Hoy no es día para esa clase de fletes del pueblo, que hay forasteros dentro. Aunque viniese gente principal... ¡Cierra y tengo dicho!» —terminó de muy mal modo la Pioja, pues es la encargada de la Monfortina, como usted sabe...

—Bueno, usted dispense que no quise ofender pero aquí sabe esas cosas todo el mundo, aún las personas decentes que están al cabo de lo que pasa en esas casas como si también fueran decentes, que en estos pueblos chicos...

—Sí, señor, sí... Conque el Bocas fue y le dijo que no fuese mula, que para decir lo que tenía que decir no era cosa de agraviar a la gente. Pero la Pioja, tan brutona como siempre, que más parece macho que mujer, echando medio cuerpo afuera, toda enconada y hocicuda, se puso a gritar, amenazando con los puños.

—«¡Largo de ahí, perdularios, ladrones, si no queréis que salga con una tranca! ¿Qué os pensáis que no soy hombre para vosotros?» —y se volvió a meter para esquivar un golpe de uñas que le tiró Juanito.

—«Irvos, será mejor —dijo muy aprisa Culipava, queriendo cerrar...— Ahí vienen el farolero y el municipal y os van a echar mano».

—«¿Y qué tenemos nosotros que ver con ellos?» —le dije disimulando y por saber si algo guardaba en el papo sobre los otros, pues algo parecía saber, y yo andaba con la mosca en la oreja.

—«¡Ay, qué condenados!» —gritaba dentro la Pioja—. «¡Cierra esa puerta, Culipava, que aún nos vamos a ver en un compromiso! ¿Para qué abriste, zorrón? Sale de ahí que...» —y se asomó de nuevo, rabiosa, echando a la otra de un tirón.

—«¡Pues ahora se entra por c...!» —braveó el Bocas, metiendo el codo y dando con la rodilla a la parte baja de la puerta.

—«¡Salir de ahí, galicosos, maricones, si no queréis ir a parar a la Inspección!».

Yo tiré de Juanito y le dije a la Pioja, juntando la calma, para que dejase de alborotar mientras pasaban el guardia y el farolero y los otros disimulaban en un portal vecino:

—«No te alces así, Remedios. ¡Hay que ponerse en razón...! Somos mozos de aquí, que andamos de parranda, con buenos cuartos en el bolsillo para gastar... Y no viene al caso, si tienen la casa ocupada, que te pongas a amenazar con los municipales y con la Inspección, que no somos desconocidos ni carteristas...».

—«¡Anda, coña, hazte de nuevas tú también! Bien te conozco, que eres el de la Rajada. ¿Para qué te juntas con esos, di? ¿Y entonces no sabes que el Boca dejó ayer a un hombre por muerto en la taberna del Narizón? ¿No lo sabes, no? ¡Hala de ahí de

una vez, que tan bueno es Juan como Pedro...!».

Y aprovechando el haberme quedado sin acción, por lo que acababa de oír, cerró de golpe y echó los cerrojos. Y sin más, empezaron a tirarnos botellas desde el piso alto que no sé cómo no nos crismaron.

En esto vimos que volvía Fermín, el farolero viejo, señalando hacia nosotros con la estopa encendida en la punta del chuzo, metiendo gran ruido en las losas de la calle con los zuecos claveteados. Como es tan alto y venía metido en la coraza de paja, asemejaba un fantasma. Detrás de él venía un guardia municipal que, por la estatura, me di cuenta que era el Sardina, que llegaba echando los bofes, corriendo como si brincase, que hasta los muchachos le hacen diabluras para verlo correr así, que lo hace por mor de los juanetes.

—«¡A esos, a esos!» —venían gritando como diablos, atraídos por el estruendo de los botellazos, pues cuando pasaron antes no habían reparados en nosotros. Los vecinos, ya acostumbrados a estas funciones, abrieron las ventanas de golpe, y la María de los accidentes, que vive de caridad, allí, en una chabola, pared por medio con la Monfortina, salió al medio de la calle chillando como un vencejo.

—«¡Valédeme aquí, vecinos, que me matan! ¡Auxilio, auxilio!».

Las putas le pagan o le dan mantención, que es igual, para que, con estos belenes de loca, les ayude a tornar de la puerta a los hombres cuando se ponen pesados o amenazadores, y la condenada lo hace con tal fantasía como si de cierto la estuvieran matando.

Salimos por pies, pues ya Fermín y el Sardina se nos echaban encima... Como aquellos estafermos no pudieron seguirnos nos paramos un poco más allá, donde aún no estaban encendidos los faroles.

—«Tenemos que seguir separados, para hacer menos bulto... Tirar cada uno por su lado... Dentro de unos cinco minutos nos juntamos en la casa de la Matildona... ¡Hala, ya!» —ordenó Juanito, con hablas ligeras.

—Será como usted dice, que tiene razón que le sobra. En ese momento puede haberme separado. Pero uno nunca se ve cómo es de cierto, ni uno anda siempre sobre uno, pensando a cada momento «esto he de hacer y esto no», que cuando las cosas están de Dios... Claro está que lo que usted dice, y que luego lo pensé yo también, pude haberlo pensado antes, pero la verdad es que no lo pensé, así me parta un rayo, sin ofender a nadie... Bueno, ahora ya no hay remedio ni vale cavilar, que ya se jodió todo y no hay que andar con vueltas, que lo que yo quiero es acabar y que me dejen tranquilo, venga lo que venga...

Con que en la casa de la Matildona nos admitieron sin más, no solo porque yo tengo allí crédito formal, sino porque dizque Juanito el Bocas andaba de medio querindango con Lola la Viguesa, que hacía de encargada y que estaba muy enamorada de él, vamos al decir.

La Viguesa, como usted sabe... bueno, o séase, como sabe aquí todo el mundo, es la mejor, con mucha diferencia, de las que tiene la Matildona, que son cinco o mejor

seis, contando Paca la manca, que sirve de criada, aunque también hace chapuzas los días de feria... Si la Viguesa no tuviese aquel orgullo de madamita que tiene, podría estar ocupada noche y día, pues es «de las que camelan», como dice el Sevilla, que es el mozo del café Mendenúñez. Cuando se le da por tenerle a alguno la simpatía, resulta tan fina de los modales y de las hablas, amás de guapa y bien vestida, que tiene que ser verdad lo que de ella se dice; que dizque es de muy buena gente por su familia; y que si no está en casa de la Zorrita, que es, como usted sabe, de a duro, y no de a peseta, como la Matildona, se debe a que le gusta empinar el codo, y no de bebida blanca, como las de a duro, sino de morapio, del tinto, para peor, que se pone muy perdida a las veces, y que dicen que hasta se le estierca el aliento, con perdón y huele como nosotros los hombres que tenemos ese vicio.

Pues fuimos y entramos, por la puerta de la Trinidad, que es la de confianza, y de la cocina pasamos a la saleta donde está siempre la dueña del trato, que pocas veces va al salón, que este lo gobierna la encargada. Nos recibieron con un aquel de mal gesto que no era el de costumbre, y hasta la Matilde no contestó bien mi saludo. Entramos juntos el Milhombres y yo, y ahí le dijimos a la Viguesa que Juanito estaba al caer, con lo que se alegró mucho y se puso polvos y esencia.

En cuanto apareció el Bocas, se fue para él y lo acarició, abrazándolo muy largo y con besos, y el otro babión hacía como que la quería apartar, como quien se deja querer de malagana, con lo que ellas se entusiasman aún más y andan detrás de los que son así, aún más asañadas, que es cosa que no se entiende en el querer de las mujeres...

La Viguesa miraba para semejante animal, sin apartarse de él, como si no se cansase de verlo, como si se lo fuesen a robar, con los ojos húmedos y asombrados, como si hubiese caído un ángel del cielo. ¡Hay que ver...! Y el otro badulaque se dejaba estar, con los brazos caídos y viendo para las musarañas, como si la cosa no fuese con él. ¡Si fuera yo, me caso en brena...! Y la Viguesa, venga a llamarle «mi chulillo», pues siempre habla en castellano, muy a lo fino, y no como la Culipava que siendo costurera de aldea se echó a hablar en *castrapo*, y ese fue el comienzo de su perdición, y otras también, de las casas de a duro, que hablan *castrapo* con los señoritos del pueblo para hacerse las andaluzas, que de todo hay en este mundo, como se dice. No; la Viguesa se veía que era su habla natural, que le venía de nancia, que hasta se murmuraba que era hija de un coronel, al que se fueron yendo de la casa la mujer y las hijas por ser muy jugador, que la gente no se cansa de largar cosas que a lo mejor son mentira, pero que también pueden ser verdad.

La Matildona, como siempre, estaba espernancada, casi montada, sobre el brasero, con un cigarro en el canto de la boca, las piernas como vigas maestras y aquella carota, maltratada de la viruela, casi el doble más grande que la de cualquier cristiano, rematada en dos papos colgantes y fofos como si no fuesen de ella. Tenía el brasero un cazuela de barro con vino a templar, y cada tanto pegaba en él, recogiendo para atrás toda aquella carnaza que tiene por espetera, para que no le estorbase la

visión, y le daba tales tragos que lo dejaba mediado, por lo que lo volvía a llenar. Después de cada metido, soltaba un regüeldo y decía, para sí, muy seria:

«Buen provecho, Matilde; que estas sean las pestes que te maten, y que se joda el mundo». Porque es mujer de mucha soberbia.

—«¡Cómo vienes, chulito mío!» —decía la Viguesa, amaricada, restregándose contra el prosma—. «¡Con lo bien que podías estar conmigo si me tuvieses de fija, juntitos los dos, sin que nada te faltase...! ¡Cómo te veo, en qué líos andarás metido!».

—«Mira, Viguesa, ya sabes que te quiero bien, pero preso ni por un pelo».

El Milhombres los miraba con aquella sonrisita que fastidiaba tanto, mientras resolvía con la badila el rescoldo del brasero.

Al otro lado de la puerta que daba al salón se oía el barullo que armaban fletes y pupilas, pues era lunes de queridos, que es el día en que estos se ocupan de balde, como usted me enseña. Cantaban y bailaban al compás del guitarrón del ciego Cudeiro, que echaba las mazurcas con voz ronca:

*Si el mar tuviera barandas
fuérate ver al Brasil,
pero como no las tiene,
mi vida, no puedo ir...*

Luego haciendo castañuelas y panderos con cuanto pudieron encontrar, se oyó sobresaliendo a dos de ellos que, por la voz, debían ser el Paparratos y Bricio, el pintor, que siempre hacían esta gracia en las juergas, armando el baile del «cachoupiño», que le decimos aquí, entre las risas de todos, marcando los puntos en las tablas del piso que sonaban como un tamboril.

*Ay, por el pie,
por la punta del pie,
por la rabia del pie,
por el cachoupiño,
por el cachoupé...*

El Milhombres y la Matildona comadreaban por lo bajo, bebiendo del cazuela; y cuando ella hablaba le salía el humo con las palabras, talmente como si el humo y las hablas fuesen la misma cosa, que no soltaba palabra que no fuese con humo.

La Viguesa fue llevando a su amigo lejos de la luz de la lámpara que colgaba del techo, y se sentaron en un sofá que allí había, en un recanto sombrizo. Se puso a hacerle arrumacos, dándole besos en el pescuezo y mordiéndole las orejas, sin que el otro pasmón, con las piernas estiradas y las manos metidas en el cinto, dejase de mirar para otro lado, sin echarle a la fulana ni una mala apalpadera, ni decirle un por ahí te pudras, que a mí ya me estaba dando rabia todo aquello, tanto como me gusta la

Viguesa...

Como la Matildona ya nos dijera varias veces que «éramos fletes de juerga seca» y otras cosas por el estilo, mandamos traer dos botellas de anís escarchado y dos de licor-café, pues teníamos el estómago, con perdón, muy estragado y solo sentíamos ganas de cosas dulces y de poca fuerza... Más tarde, mandamos a Paca la manca que trajese una buena olla de callos de la taberna de la Generosa, que ni siquiera probamos.

En una de estas apareció por la puerta de las alcobas Antonia la Costilleta, arreglándose el peinado, y tras ella, Pepe el Cabito, que este mote le quedó desde que fue cabo de gastadores en el servicio del Rey. Pepe el Cabito es hijo del señor Argimiro, que tiene banquilla de zapatero en la plaza de la Fuente Nueva, y se da mucho al señorío porque trabaja, es un decir, de escribiente en la Diputación. Total, que viene a ser uno de esos señoritos de pega, que aún ganan menos que nosotros, y todo se les va en andar de capa y bimba y de alternar con los señores de verdad, por aquello de ser todos republicanos, que le dicen, y que se ajuntan en la Alameda para echar discursos que nadie entiende, hasta que los echan de allí los guardias.

Me extrañó ver al Cabito en casa de la Matildona, pues yo suponía que tendría que ser flete de la Monfortina o de la Zorrita... Soltó un «buenas noches» por un canto de la boca, como si le amolase que le viésemos allí. Salió por la puerta de la Trinidad, por donde nosotros habíamos entrado, que es, como ya dije, por donde entra la gente de confianza de la alcahueta y por donde entran todos los lunes de queridos, que está la casa cerrada. Al salir, miró un poco más fijamente al Bocas, que ni cuenta se dio con lo alelado que estaba.

La Costilleta salió a despedirlo y cuando volvió se vino junto a mí, y arrimando mucho la silla, allí se quedó pegada, como quien tiene frío. Yo me había ocupado muchísimas veces con ella, que aunque no es guapa ni cumplida en carnes, tiene fama de limpia y de hacer bien las cosas, lo cuyo es verdad, como lo es también que avisa y no se quiere ocupar cuando tiene sospechas de haber estado con alguno que anda malo.

Muchas veces me había dicho que por qué no éramos queridos formales, para no tener yo que pagar la dormida de los lunes; aunque esto a mí siempre me pareció un engaño, pues lo que no se paga por el asunto se va luego en el escote de la cena y en la limosna para el ciego Cudeiro...

—«¡Ay, reiciño, mío! —me decía, sobándome los muslos— tú sí que eres hombre para sacarle la barriga de mal año a diez mujeres. ¡Ven para acá, truhán...! ¿Vamos?».

—«Déjame, mujer, que no estoy para eso... Ando muy cansado... Además, ya sabes que no me gusta ocuparme con mujer que acaba de estar con otro...».

—«¿Quién, ese? ¡Bueno, bueno!... Mucho de aquí y de allá, con sus fantasías y calentándole a una las mantecas, que hasta asco me da decir las cosas que hace con una... y total, nada, que aún queda una peor que si nada... ¿Vamos?».

—«No».

—«Mira, Castizo, ¿sabes lo que te digo? Que después de uno como el Cabito, lo que hace falta es un hombre de tus hechuras, que va a lo suyo sin pamplinas, y, si a mano viene, aún repite... ¿Vamos?».

—«No tengo cuartos» —le contesté, para sacármela de encima.

—«¿Y eso qué le hace? Te fío, que no será la primera vez; ya sé que eres hombre de cumplir...».

—«No, mujer, no».

—«Vamos, no seas tonto». —Y bajando la voz me dijo al oído—:

—«Luego que nos ocupemos te abro para que te vayas solo por la puerta de adelante, sin decir nada a nadie. No te conviene que te vean con esos. Ven que te lo cuento todo...».

—«¡Deja en paz al hombre! No hay que chingar tanto a los hombres cuando no quieren ocuparse de los suyos, que esta es una casa decente, no es la casa de la Perrancha y otras por el estilo... —Esto dijo la Matildona, con aquella voz ronca, de hombrón, que sacaba de lo hondo del pecho cuando hablaba alto—. Además será mejor que os larguéis, que no quiero verme metida en líos. Ahora que el Cabito os vio, y con la rabia que le dio el que lo vieseis, haréis bien en coger el portante y seguirla por ahí. ¿No te dijo nada a ti?» —preguntó a la Costilleta.

—«¿Y qué tendría que decirme, ni de quién? Yo estoy a lo mío y no chismorreo con los fletes». —Esto contestó, disimulando, pero bien se veía que algo más le quedaba dentro.

—«Bueno, marcharse, y no se hable más —siguió el ama de la casa, hablando ya con mal genio—. Ese os va a denunciar, por vosotros o por mí. A mí me tiene rabia; ya se sabe que no lo quiero aquí, que me acostumbra mal a las mujeres...».

—«¡Qué tanto mando ni tanto hablar! ¿Denunciamos de qué? —saltó el Milhombres, alborotando».

—«Dejarse de pamemas, que lo sabéis mejor que yo. Largarse y namás; estoy en mi casa y no doy explicaciones. ¡Largo!».

El Bocas apartó de mal modo a la Viguesa y, levantándose de un salto, le dio una patada al cazuelo del vino, que se derramó por la lumbre levantando vaho. La Matildona se movió toda, como un monte, y, sin decir palabra, desapareció por una puerta.

—«¿Por qué haces eso, borrachón? —chilló la Costilleta—. Esto nos pasa por abrirle a criminales. Y la culpa la tiene esa, que anda con él como una perra cachonda».

El Milhombres se echó a ella y la cogió por los pelos, mientras Juanito le arreó un revés tremendo en la boca que la hizo caer tan larga como era, escupiendo sangre... Cuando la Viguesa se venía también para ella, con un sillate levantado, apareció la Matildona, con la cara morada, casi negra, de rabia, revoleando una gran tranca con su fuerza de giganta, dejándola caer sobre cuanto allí había, aunque sin llegar a darnos.

—«¡Fuera de aquí, cabrones! ¡Maldita la...!» —bramaba, con aquella voz de hombrón que era como un trueno de los cielos... Cómo serían los golpes que de uno de ellos partió la mesa.

En esto se abrió la puerta del salón y asomaron los hombres y mujeres de la juerga, con intención de echársenos encima. Y como la cosa se ponía fea, pues eran muchos para hacerles frente, nos largamos por la puerta de la cocina y salimos talmente como escupidos. Detrás de nosotros se oía la voz de la gigantona llenando la plaza de la Santísima Trinidad.

—«¡Maricones, criminales, hijos de puta!».

Y otra vez nos metimos en la calle. La noche estaba como día y la luna venía blanca y grande. Hacía un frío que cortaba los alientos y se veía que estaba helando a todo meter por los charcos que ya empezaban a endurecerse. Cuando paramos de correr, allá por la plaza del Corregidor, se oyeron en el reloj de la catedral los badajazos de la medianoche.

Tiramos para arriba, hacia San Francisco, y nos metimos en el portal de la casa del Milhombres, que es en esa calle muy pina, de peldaños, que llamamos de Quiebraculos. Las piernas casi no nos sostenían a causa de las bebidas dulces, que son, como usted me enseña, de mucha traidoría.

—«¡Pues estamos jodidos! —dijo el Bocas, ya en el portal—. Irvos vosotros donde os pete, yo no me meto en ninguna casa. Se ve que nos andan encima».

—«Pues yo no me aparto de ti» —contestó el Milhombres, cogiéndole de un brazo, con un pronto de valentía que a mí me llegó muy adentro. El Bocas, con aquella manera suya de hacerse cargo de las cosas y, al mismo tiempo, de saltarles por encima con sus fanfarronadas, propuso a seguido:

—«Tenemos que acabar el dinero que nos queda. Es de mal agüero salir de parranda y volver a casa aunque no sea más que con calderilla. Conque a seguirla, pase lo que pase...».

—«Mirar —les dije—, yo iría con vosotros de buena gana, ya lo sabéis. Pero es que no me tengo con este dolor de los pies, que me volvió con el frío... Está todo cerrado, además. Y yo no puedo andar así de un lado para otro, sin rumbo. De manera que me vais a disimular, pero ya que estoy tan cerca me iré a la casa de mi madre».

—«Allá tú, que cada uno es dueño de hacer... Pero yo te digo que si te echan el guante...».

—«¿Y qué?».

—«Estoy seguro de que ya se corrió todo por el pueblo, y de un modo u otro... Si queréis nos vamos al mesón del Rojo, pues como todos los que van allí son gente de avería y el que más y el que menos... A más de eso, casi todos son forasteros, como sabéis, como todos los de esas fondas de la Estación... Hoy ha de haber mucho gentío por ser víspera de la feria grande, que siempre se arma allí un chirlata de tratantes y arrieros que dura hasta el día, que se juegan hasta la caspa. Si ganamos, pues nos largamos en el tren mixto de las cinco, para Monforte... Al subir la cuesta

del Ribeiriño, el tren viene a paso de andadura y lo podemos coger sin que nos vean, que yo ya lo hice otras veces. Nos quedaremos por allá hasta que pase el lío, que en otras peores me tengo visto, y total siempre resultó más el ruido que las nueces. Yo tengo conocimientos de Monforte, en casa de la Garela, y lo podemos pasar bien allí, que tiene buenas chicas».

—«¡Huy que coño, tú también, siempre con las chicas...! Estás ahora para chicas» —dijo el Milhombres, con enfado en la voz, como siempre que el Bocas habla de mujeres.

—«¿Qué determinas, tú?» —dijo el otro, sin hacerle caso.

Me quedé cavilando. Por un lado tenía razón. Yo estaban tan sucio como ellos, aunque no fuese más que al parecer de las cosas; por lo menos hasta que no pudiese contar, como ahora lo hago, cómo se fueron pasando, que bien claro está que de nada puedo ser culpado. Además, sabía muy bien que en cuanto me quedase solo me iba a venir de repente el «pensamiento», y solo no podría ya valerme, porque eran muchas las cosas que tenía encima de mi alma, al menos en las apariencias, que le dicen.

—«Bueno, ¿qué determinas? ¡No hay que ser tan caguetas, hombre, que tú nunca lo fuiste...! Cuando se anda con amigos, lo sabes tan bien como yo, no hay que separarse, hay que dejar ir las cosas hasta su remate, como es de ley. ¡Qué te voy a enseñar a ti! —Siguió el Bocas, echándome un brazo por el hombro—. Te apoyas en nosotros... El mesón del Rojo no está tan lejos...».

—«Bueno, pues se hará... Lo que yo quiero es meterme al abrigo y sacarme los zuecos que me roen como si tuviera dientes... Conque, andando».

Esto fue lo que les dije, pero no era toda la verdad. La verdad era que empezaba a estar intranquilo con aquello que se me venía, que siempre me viene así, como un miedo, como un temblor en las entrañas que me deja sin gobierno, como si otro creciese dentro de mí, que nunca sé decirlo cómo es. Por eso yo quería ir a donde hubiese mucha gente, mucho rebumbio, y beber y beber, antes de que aquello creciese, aunque se me ardiesen las paredes del pecho con tal de atajarlo, que yo sé bien lo que digo aunque no pueda decirlo.

—«Vamos adespacio. No nos conviene entrar hasta que esté lleno, que la gente viene llegando de alta noche. Dentro de nada, ya estará armada la timba... Aguanta un poco y vamos andando, a ver si podemos encontrar donde meternos un rato. Aquí no podemos estar más, no sea el diablo...».

La mixtura de confianza y mando que ponía el Bocas en todo cuanto hablaba cuando quería convencer, me dio ánimos, y echamos a andar bajando por la rúa de los Hornos.

El cielo estaba como un cristal y el frío se metía hasta la canal de los huesos, que pocas veces vi un frío así, que parecía como si respirase la escarcha.

Al final de la calle vimos estar abierta la churrería del Parroquia; y el Milhombres, que era siempre el de las astucias, haciéndonos adelantar unos pasos, se echó la manta por la cabeza y entró. Nos alcanzó en seguida, trayendo un par de

botellas de aguardiente del país. Desde un portal, donde nos habíamos metido para dejar pasar a unos que venían bajando por la calle de la Luna, vimos a otros que asomaban de la churrería, señalando hacia donde suponían que habíamos cogido. Hubo un movimiento entre ellos, ya en medio de la calle, como para venimos al alcance; pero, a poco se volvieron a meter.

No, no andaban bien las cosas. Conque apretando el paso, nos entramos por la calle del Tejedor que estaba muy negra, solo con un farol encendido. Allí le pegamos un trago a una de las botellas que casi la dejamos lista. ¡Buena falta nos hacía, por lo menos en lo tocante a mí, que con unas cosas y otras casi no me tenía sobre los condenados pies con los sabañones llagados!... Y no era eso todo, pues soy de mucho aguante para el dolor, sino que cuando me viene aquello y me da por apretar los dientes o por morder los codillos hasta que me sangran...

—Sí, señor, tiene usted razón, no me haga caso... Pero es que cuando me pongo a hablar de eso que a mí me pasa y no tengo oído que le pase a nadie...

Conque la bebida, como siempre y, al menos, así, por el momento, me fue aflojando de aquello, como uno que está atado y lo desatan. Talmente... Pero esta vez me dio por reír sin saber por qué. Los otros sin saber de qué me reía se pusieron a reír también, y de allí a poco todos tres reíamos de tal modo que no podíamos tenernos en pie... ¡Que, vamos, yo nunca me reí de aquel modo!, que tuvimos que cogernos para no caer, y en lugar de ir hacia delante, andábamos dando vueltas sin dejar de reír, como si fuéramos a revolcones sin habernos caído, que era cosa de admirar.

Aquella diversión nos metió tanta alegría en el cuerpo, que ni cuenta nos dábamos de la barbaridad que estábamos haciendo hasta que nos tiraron agua desde un piso. Entonces caímos en la cuenta de que estábamos armando más bulla de la que convenía. Y como, a pesar de todo, no podíamos dejar de reír, nos pusimos a taparnos la boca unos a otros, con lo que nos venía más fuerte la risa que ya no sabíamos cómo libramos de ella.

De repente el Bocas que, como más acostumbrado a estas cosas, jamás se olvidaba de estar sobre aviso, nos dijo que apurásemos el paso pero sin correr, pues le parecía que alguien venía siguiéndonos al reparo de las paredes donde no daba la luna, quizá los de la churrería. También dijo de esperados al volver de una esquina y pelear con ellos, pero yo lo desaconsejé, pues no estaba para meterme en fregados, y con el Milhombres no se podía contar.

Sin saber cómo, fuimos a salir a la calle del Seminario. A lo lejos, por el medio de ella, se veía venir un municipal a paso despacioso. La calle estaba blanca de luna, como si fuese día y no era posible atravesarla sin que nos viese. Conque nos fuimos dejando ir, de uno en fondo, por la parte sombriza, que era muy estrecha. Al llegar al atrio de Santa Eufemia vimos la iglesia abierta y nos colamos.

El altar mayor brillaba con todas las velas encendidas, que nos llamó mucho la atención aquello a tales horas. Muy cerca del altar, dos o tres docenas de caballeros,

pues mujeres no había; todos arrodillados y rezando juntos, en voz alta, como si estuviesen echando una letanía o una de esas rogativas, que le dicen. Juan y Eladio se fueron entrando, pero yo no sabía cómo andar con el diablo de los zuecos herrados, para que no hicieran ruido en las losas. Pero no tenía más remedio que aventurarme por si el guardia nos había visto. Me aventuré como pude, de una columna en otra y a pasos cortitos, pero uno de aquellos caballeros algo debió percibir, pues se volvió, pero ya en el momento en que yo entraba en el confesionario donde los otros se habían metido.

Apenas entré, se oyó rechinar la otra puerta, la que da al callejón, y vimos que el municipal, que por cierto era el tío Sardina, metía el morro un momento, mirando a un lado y a otro, pero se fue en seguida.

Cuando ya parecíamos tranquilos, aquella risa empezó otra vez a tentarnos; sin duda era la condenada aguardiente que, bebida muy junta, da por hacer esas cosas... Quedamos un poco así, sofocándonos, por si volvía el Sardina, y le dimos un buen toque a la botella, lo que, por el momento, nos aplacó, pues era como beber lumbre.

—«Estos son los que le dicen de la Adoración Nocturna que rezan solo de noche, algunas noches —bisbiseó el Milhombres, que todo lo sabía—. Son gente principal, casi todos del comercio».

Luego de otro poco, nos asomamos a ver si era el instante de largarnos. Y fue ahí cuando nos asegundó la risa, pero esta vez con sobrada razón, y de no poder contenernos, pues vimos que aquellos caballeros ya no estaban de rodillas sino de hocicos en el suelo, con los traseros levantados, y las caras casi en el piso, echando todos juntos una de esas cantigas de las beatas en las misiones, muy por lo bajo, como si la echasen por las narices.

El Milhombres fue el primero en soltar el trapo, con aquella risita de costurera; como hacía ya tiempo que se la estaba aguantando, le subió en seguida el cacareo. Y como si fuese la señal para largar la nuestra, ¡sandiós! Aquello fue un estruendo de carcajeos que hasta me dio un punto aquí, en el vacío, perdonando el modo de señalar, que ni alentar me dejaba. Y un poco con la risa y otro poco con la bebida, casi no atinábamos a coger hacia el lado de la puerta. Y por si fuese poco todo esto, el Bocas, que entre sus animaladas tenía fama de flatoso del vientre, iba echando uno de esos seguidos, como quien rasga tela, que era no tener fin...

—Déjeme reír, señor, que algo alegre tenía que venirme a las mientes en medio de tantas cosas tristes de esa noche condenada...

—¿Y qué más hechos quiere usía? Los hechos son estos, uno a uno, tal como fueron sucediendo. Ya dije que el final de todos ellos fue por las cosas que antes pasaron, y todo ha de decirse, que si las cosas no hubieran pasado así, tampoco el fin hubiera sido como fue, ya lo dije también. Aunque lo cierto es que cada cosa que hacíamos no era como las que se suelen hacer en las parrandas, que todas son

trastadas de diversión y mocedad, y que luego tienen remedio... Nosotros íbamos haciéndolas de mal en peor, como si las hiciésemos sin darnos cuenta, para que luego no tuvieran remedio, como quien va cerrando puertas tras sí y tirando las llaves, que eso es lo que quiero decir: como aquel que va hacia su perdición, sin más.

—

—En lo tocante a los autos, como usted me enseña, pues a poco andar, luego que salimos de la iglesia, nos paramos algo para vaciarnos de aquella risa que propiamente nos ahogaba. Después fuimos a parar a la fuente del Rey, donde, con licencia, meamos en el pilón, como se hace siempre que se anda en esas, sin saberse por qué. Y aún fue ahí, y lo cuento por la importancia que luego tuvo el caso, cuando el Bocas, que era el más bebido, se puso a hablarle a lo que tenía en la mano como si fuese persona, y con mucho mimo...

—

—Pues le decía, dice: «esta noche no te quedarás sin tocar pelo», «no hay remate de parranda sin mujer», «hambre que espera hartura no es hambre», y otras badulacadas por el estilo, hasta que el Milhombres le echó allí una manotada de agua para que se lo guardase. Y lo guardó..., que hasta a mí me da vergüenza contar esto, aun estando entre hombres, pero ya se sabe que el beber trae estas cerdadas, que el que lo pasó lo sabe, y ¡qué se le va a hacer!...

Con que ahí fue, precisamente, cuando el Juanito volvió a encabezonarse en la tema de que teníamos que volver a ver a la hermosa señora de Andrada, lo que nos pareció una gran locura. Pero ni yo ni el Milhombres fuimos quiénes para sacarle de la cabeza semejante disparatón, pues sabíamos bien que el Bocas era así, caprichoso como un crío. Y cuando algo se le metía en los entresijos del caletre tenía que darle remate aunque en ello le fuese la vida; porque, eso sí, hombre más destemido no conocí otro a la par de él, dicho sea sin despreciar...

—

—Está bien, señor, será como usted ordene, siempre que me deje aquí y no me lleven al...

—

—No le hace, señor. Aunque tuviese que morirme de hambre, lo prefiero a que me mande al cuartelillo. Además, malditas las ganas que tengo. Si acaso un poco de vino para animarme algo...

—

—Que Dios se lo pague a usía.

CAPÍTULO IV

—
—No señor, eso no es cierto... Cuando se armó la trapatiesta en el mesón del Rojo, ya nosotros habíamos salido.

—
—No, señor usía, no. La verdad es que nos quedamos allí cerca para ver qué pasaba, pero ya habíamos salido.

—
—Sí, señor, eso sí... Vimos que sacaban al Zamorano, el albartero, herido, que se le veía la sangre en la cara; toda llena de sangre. Después salieron todos en montón, metidos en un tremendo cisco de palos y facazos que no se les podía distinguir.

—
—Le digo que no, se lo digo una vez más, y usté me perdone... De sobra tengo y con lo nuestro para cargar con culpas ajenas... Perdimos los cuartos, todo cuanto llevábamos, en una partida de siete y media que tenían armada unos jamoneros de la parte de Valdeorras, que son todos grandes calotereros, como se sabe, que andan por feriales y mercados con barajas amaestradas; que aún no sé cómo nosotros, mozos de la capital de la provincia, fuimos a caer con estos aldeanos raposos. Por cierto que se lo previne al Bocas, y no me puso atención.

—
—No, señor, no tengo nombres que dar porque no conocía a nadie por el nombre, fuera del albartero, que lo mentan por Zamorano.

—
—Pues por el eco del habla, que los de aquí, del pueblo, hablamos de un modo y ellos de otro, aunque las palabras sean iguales... Bien se veía que eran de aquellas partes, si no es que lo hacían para confundir, que uno nunca sabe todas las mañas de esos mandantes. Pero semejar semejaban de Valdeorras...

—
—Conque al ver que la cosa se iba por la tremenda, volvimos hacia el pueblo. Subimos por la carretera de Trives y nos metimos por la Travesía, sin encontrar a nadie. El Bocas seguía y seguía con la tema de la mujer aquella, y dale que tienes, sin poderlo sacar de ahí, y más ahora que nos habíamos quedado sin cuartos.

—
—Creo que no, aunque jurar no lo juraría yo. ¿Quién sabe lo que pasa en los adentros de cada cual? La tema, al menos de comienzo, semejaba ser solo de ver a la señora, y namás. Quizás después la ocasión le puso en lo otro.

—
—Señor, le pido que no me haga decir lo que no dije ni pensé siquiera. Uno es trabajador, pero uno no es tan tonto como puede parecer... Dije que se quedaron sin dinero y que, como al quedarse sin dinero ¿qué íbamos a hacer?, quizás por eso le

volvió con más fuerza el tema de ir a casa de los Andrada. Porque yo digo, que a lo mejor, si hubiéramos salido de la timba con dinero, le daría por hacer otras cosas; vamos, esto digo yo, que uno no estaba dentro de él para saber qué pensaba.

Conque al llegar a la Plaza Mayor eran las tres pasadas en el reloj del Municipio. La helada cubría las calles y los tejados como de cristal, que semejaba la noche de Nochebuena... Cuando pasamos por la calle del Concejo, todavía vimos el resplandor del incendio del pazo, que me dio mucha desazón, pues me había olvidado, o, a lo menos, no había pensado en ello. Que fue ahí, con esa desazón, que me vino otra vez la gana de apartarme de mis compañeros, aunque ahora sería todavía peor, pues ahora dirían que era porque se les habían acabado los cuartos, que la gente es así de mal pensada.

Pero el Bocas no daba tiempo para cavilar. Cuando una cosa se le ponía... Iba delante, callado, andando con mucha resolución, y nosotros lo seguíamos, por mi parte de mala gana, pero lo seguía como si en vez de ir delante fuese detrás empujándome.

A mí no me cogía duda alguna de que aquel otro disparate que íbamos a hacer me traería de nuevo el «pensamiento», que ya se me estaba viniendo, recogíendome el respiro y metiéndose por en medio del cavilar para desgobernármelo, como siempre, y hacer de mí un pelele..., porque le digo a usía que este entupimiento de la cavilación, esta oscuridad, como un humazo, que me viene a la cabeza... A lo menos cuando era muchacho, que ya me venían esas cosas aunque yo no las llamaba «pensamiento», que eso lo inventé ya de grande, se me cortaban al venirme el accidente, que era como quedarme dormido, sin más. Y aunque luego, cuando el seso me volvía, estaba todo brumado, y a las veces hasta herido, que me cogían el dedo del corazón con una tenaza y me tiraban de la lengua para que no me ahogase, pues luego que se me pasaba me sentía tan campante, como el que despierta de un sueño muy largo, y hasta un rato después no me acordaba de lo que me había pasado. En cambio ahora...

—

—¡Y dale otra vez! Lo hago sin darme cuenta, señor... Es la primera vez que hablo de esto con alguien y parece que el decirlo me alivia...

Bueno, total ya estábamos metidos en el fregado y no había más que seguir. De verdad que hasta lo deseaba para librarme de aquello, pues cuando las cosas de fuera de mí tienen más fuerza, pueden con las de dentro, que hasta, a veces, me voy para donde hay gente o me pongo a hacer cosas o a beber, para que lo de fuera tenga más poder que lo de dentro; que, con todo esto, es como quien va a perder el juicio, que a las veces, también, en lugar de ser uno me semeja que soy dos, que no hay cristo que entienda esta cosa jodida que a mí me pasa...

—

—Pues viniendo al asunto, yo tenía que ir adespacio, que con la friaje y el tanto andar me dolían los pies, perdonando, hasta los corvejones.

Los otros iban delante sin parar en su disputa. Mejor dicho, no era disputa porque era solo Eladio el Milhombres que hablaba y hablaba como quien habla a una pared, pues el Bocas, con las manos hundidas en los bolsillos de la zamarra, zaqueaba sin responder o echaba algún juramento, acompañado de un gesto, como queriéndole pegar, y el Milhombres se apartaba de un brinco para volver luego a la carga, que ese era el modo de disputar de aquellos. Y de este modo llegamos otra vez al callejón de las Burgas...

Cuando llegamos a los bajos del muro, donde estaban de obra, todavía el Milhombres quiso pararlo, cogiéndolo de un pulso; pero el Bocas, sin decir palabra, le mandó un pescozón al cogote herido y lo echó de morros una vez más.

La verdad es que Juanito estaba tan fuera de sí como nunca lo había visto yo. Tan agonioso iba en su empeño, que más que bebido, parecía loco de atar, en forma que hasta daba su aquel de miedo. Algo por el estilo, aunque no tanto como esta vez, era lo que siempre le pasaba con la bebida. El trago no lo ablandaba como a los demás, por más que bebiera y bebiera, sino que a la par que iba bebiendo se iba poniendo recio y adusto, hasta que, cuando ya no podía aguantar más, le daba como un repente de caerse dormido, y quedaba como muerto, que hasta el blanco de la muerte se le ponían en la cara. Dormía luego uno o dos días enteros, que no había modo de hacerle acordar, que eso era lo que decían sus propios hermanos, que lo sabrán mejor que uno, aunque yo alguna vez ayudé a llevarlo a su casa, cargado. Pero mientras esto no le venía, se mostraba muy dueño de sí, cada vez más, y aunque se tambalease, no se le iba en nada el juicio; aunque, eso sí, se ponía muy provocador, como si su gusto fuese pelear con todo el mundo solo con que lo miraran, que ese era el mayor peligro de andar con él. Pero todo ello con mucho gobierno de sí en las hablas y modales del cuerpo, como si no tuviese gota de vino, que solo se le iba notando en aquella blancura del rostro de su cara, como lienzo, y en aquel brillarle los ojos como si los tuviese el doble de grandes y más claros, aunque los tenía mucho de natural. Pero más principalmente se le echaba de ver en aquel ponerse duro y des temido como una bestia bruta, fuera el alma que Dios puso en él, haciendo lo que le petase sin atender a razones y llevándose a todo Dios por delante. Su borrachera se notaba más en las cosas que acometía que en el modo de hacerlas, que era serio, quizás en demasía, y aquellas prisas que le daban para acometerlas, que no eran de su estilo cuando estaba en su verdadero ser, que era más bien calmo y un poco poltrón de natural.

Conque fue y se metió por el boquete de las obras del agua, a donde le seguimos, ¡qué íbamos a hacer!, y allí se puso a enderezar las apeas que nos habían servido de escala aquella mañana. Andaba a tientas, guiándose un poco por el resplandor que llegaba por el pozo de subida. Aún le hice yo ahí algunas reflexiones de no meternos en un nuevo lío, que si de unos habíamos salido más ameno; bien, a lo mejor ahora nos salía el tiro por la culata, que así suelen ser las cosas, que tanto va el cántaro a la fuente...

Sin dejar de trabajar con aquella rabia de loco, nos dijo:

—«Yo no os digo que vengáis, si tenéis miedo allá vosotros. Y también os aviso que es mejor que no vengáis... Yo lo que os digo es que quiero estar con esa mujer aunque tenga que tumbar al que se me ponga por medio, aunque tenga que tumbar a medio mundo... ¡Conque ya lo sabéis!».

—«¡Calla, chiflado! —le dijo el Milhombres— que nunca te vi de tal modo, que mismo semeja que te dio un ramo de locura. Lo que vas a ganar es que te salten, de un par de escopetazos, los pocos sesos que te quedan. —Y cogiéndome a un lado me dijo—: Vamos, tú, y que se joda con sus fanfarronadas».

—«En tal situación yo no dejo a un compañero, por más que me parezca una barbaridad lo que va a hacer este mula. —Y luego hablando más alto seguí—: O nos vamos todos o subimos todos y que venga lo que sea, que, por mi parte, no quiero que a nadie le quede el derecho de decir que me rajé por miedo o algo por el estilo, que hombre soy como el que más, aunque no me incumba la idea de lo que se hace...».

Pero ya el Bocas subía, gateando por las apeas, como si estuviese solo, sin hacer caso de nadie. No quedaba sino seguido, y allá fuimos.

La casona estaba toda apagada, como era de esperar, y semejaba mucho más oscura por la mucha luna que daba en el jardín, que era casi como día. El sotillo de los camelias a donde salimos daba una sombra tan espesa... que yo digo que aquel silencio y aquel resplandor, así de quieto, y las cosas sin sus colores, aún metían más miedo en el corazón que si nos esperasen media docena de hombres armados. Parecía que algo iba a ocurrir de un momento a otro, sin saberse qué...

Conque nos arrastramos hasta llegar al muro, y a su sombra nos fuimos llegando a los bajos de la casa.

El Bocas se puso a empujar las puertas, meneando los pestillos y cerrojos, sin ninguna clase de precauciones. Una de ellas cedió, sin más, y entramos encendiendo mistos, que era mucha temeridad, y vimos ser la carbonera de la casa, que, por cierto, estaba todo lleno de telarañas que colgaban por todo y que daban en la cara al andar.

De allí fuimos a parar a una bodega, o mejor dicho, despensa, llena de cosas de comer y de beber. Juanito, con la tranquilidad de quien está en su casa, encendió un quinqué, armó un cigarro y se puso a mirar lo que allí había, todo con mucha calma.

Bebimos de una botella que estaba en una bandeja, ya abierta y con copa, y resultó ser un licor muy resbaloso, como tirando a anís escarchado, con algo así de sabor a botica, pero que se dejaba beber bien, y luego resultó que calentaba el cuerpo mejor que el aguardiente, aunque sin raspar tanto. Las alacenas estaban abarrotadas de latas de conservas, con letreros que no se entendían, y muchísimas botellas también con nombres extranjeros, al parecer. En otra bandeja había un platillo con una pasta de bolitas, semejantes a municiones de escopeta, que semejaba ser cosa de golosina. Yo cogí una prueba con la punta de los dedos pero la escupí, pues sabía como a pez podrido.

Después de un rato de estar allí nos sentíamos tan campantes como si fuésemos

convidados. Juanito y Eladio cortaron unas buenas magras de un jamón que allí había, empezado, y abrieron unas botellas de vino, como si tal cosa. De comienzo yo no tenía hambre, y seguí a beber de aquel jarope, con gusto a medicina, que suavizaba el garguero y calentaba el bandullo. Después aún comí casi medio salchichón y bebí una de aquellas botellas que resultó ser de vino viejo, aunque más amargo que el que suele beberse en las tascas. Los otros hacían igual.

Luego el Bocas se metió, de cubierta, hacia los adentros de la casona, llevando el quinqué y haciéndole pantalla con la mano para que no le diese en la cara. Al ver el modo como procedía, con tanta seguridad y aquellas precauciones, pensé que no debía ser la primera vez que hacía tales cosas...

Volvió en seguida, y desde la puerta nos hizo señal de que podíamos ir. Conque echamos por un corredor muy largo y fuimos a dar a un zaguán grandioso del que subía una escalera de mucho cumplimiento, muy ancha, toda de piedra, inclusive los balaustres, como si fuera de iglesia y que, a poco, se abría en dos brazos. Todo ello estaba cubierto de una alfombra muy gruesa, que era como si se anduviese por un prado, valga la comparación.

En llegando al descanso de arriba del todo nos pegamos un susto de primera, pues allí había dos de esos hombres de hierro que traen los libros de la escuela, que los mentan caballeros antiguos, del tiempo de los moros, y aunque se sabe que están huecos por dentro, así, de repente, imponen al que nunca los vio de bulto... En las paredes había colgadas, juntas, muchas de esas armas, también del tiempo de los moros, que yo ya las tenía visto, al pasar, en otras casas de señorío, muy limpias y bien colocadas, que se ve que las tienen de adorno, como hacen siempre en las casas del señorío, que todo lo cuelgan de las paredes.

El Bocas se subió a un arca que allí había, y que no tenía nada dentro, pues la abrimos para ver, y escogió para sí la espada más grande y nos dio a nosotros dos de aquellos chismes, que no sé para qué nos iban a servir, pues, por lo tocante a mí, me iba fijando bien por dónde andábamos para pegar la vuelta en cuanto apareciese alguien... No soy yo hombre de meterme en líos tontos, y aunque la bebida iba tramando lo suyo, no había sido tanta como para no hacerme cargo de que aquello que estábamos haciendo era más bien cosa de bandoleros que de mozos hijos del pueblo que andan de parranda, que esa es la verdad como Dios es Cristo.

Conque de unas en otras, y luego de habernos aventurado por otros corredores sin encontrar alma viva, se vio una rendija de luz que pasaba por bajo una puerta. El Bocas, no confiando mucho en el sable, abrió la navaja y franqueó la puerta de un envión, sin cuidado ninguno.

Se vio entonces que la luz venía de un candelero con velas de iglesia, que tenía tres encendidas y una sin encender... Todo lo que había en aquella alcoba, pues por la cama se veía que lo era, semejaban cosas de iglesia, con grandes paños colgados, pinturas de santos y hasta santos de palo, que hasta había un Santo Cristo, grande como un hombre de verdad, colgado sobre la cabecera, que daba mucho aquel con su

mirar brillante que semejaba vivo.

En la chimenea había un tronco a medio quemar, y se sentía en el aire un aroma fuerte y suave al mismo tiempo, muy dulzón, que a poco de respirarlo, así como que aflojaba el cuerpo, y más parecía cosa de remedio que de perfume, vamos al decir.

En medio de la alcoba se veía una butaca de espaldas a la puerta. Y fue ahí cuando nos dimos otro susto padre, pues vimos que, de un lado, colgaba una mano de cristiano, casi hasta dar en el suelo. Al pronto nos quedamos quietos, y de allí a poco el Bocas carraspeó para ver si se movía, pero como no se movió se fue acercando hasta darle frente, y se quedó meneando la cabeza como pasmado de lo que veía.

Cuando nosotros nos acercamos, vimos que allí estaba, todo derrumbado, como muerto, el señor de la barba que a la mañana habíamos visto en la galería. Estaba recostado en una gran almohada y vestido hasta los pies con un hábito de obispo o cosa parecida. Por un recanto de la boca se le caía una baba larga hasta la seda del ropón, y tenía los ojos quietos y vidriados, que tanto podría ser que estuviese privado como difunto. El Bocas, sin amedrentarse, le hurgó en las barbas con la punta del espadón, sin que el otro se moviese, y hablando alto nos dijo: «¡La pescó de órdago!».

Pero no se veía allí bebida alguna, aunque bien pudo haber bebido en otro lado y venir allí a dormida.

En la mesilla que tenía a la vera había un braserito, tamaño como un platillo y unas pinzas; también una cachimba o algo así, pero pequeña como un dedal, que no sé qué podría fumar en aquella menudencia. La pipa tenía pegado en el fondo como un betún, y me di cuenta que echaba el mismo olor dulzón que andaba en el aire... También me di cuenta que la cama que allí había no era de matrimonio, lo que me dio que pensar...

Mientras el Bocas y yo andábamos reparando en todo ello, el Milhombres se había puesto a revolver en un mueble que tenía trazas de arca, pero puesta sobre unos pies y toda llena de cajoncitos pequeños, como de juguete. Cuando vi que sacaba de ellos unas alhajas, me le fui encima con intención de no dejarlo hacer tal cosa, pues, como le dije, y ya se lo había dicho antes, una cosa es ser parrandero y otra muy diferente ser ladrón, que no hay que confundir. Pero el Bocas se metió por medio y se pusieron los dos a hurgar en los cajoncitos, que fue ahí cuando dieron con las onzas de oro que se le encontraron a Juanito en el bolsillo.

No es por echármelas ahora de inocente, pero me puede usted creer que en esa faena de pícaros yo no tuve arte ni parte, que nadie encontró nada sobre mi cuerpo que no fuese mío, como usted sabe y como dije en el cuartelillo de la guardia civil, por más que me zurrasen a matar para que dijera dónde había escondido las cosas, que no hay cosas ni cosas, y lo que allí dije lo digo ahora y lo diré ante la cara de Dios... Sí, señor, ellos y nadie más que ellos, robaron, que aunque empezaron la faena muy de acuerdo, en cuanto aparecieron las onzas se pusieron a disputar por la rebatiña que era un asco. Yo, en cuanto los vi, así, tan ensañados y destemidos en el robo, caí en la

cuenta, ya de una vez, que no eran los mozos del pueblo que me creía tan bien conocidos, aún con las cosas propias de la mocedad parrandera, sino gente que debía estar acostumbrada a esta clase de negocios, es un decir.

Así que, aprovechando estar tan ocupados en aquella repartija de gitanos, me fui apartando, como que curioseaba otras cosas, y en cuanto me vi cerca de la puerta saqué los zuecos y me eché al pasillo, con la intención de salir de allí como pudiese. Me extravié un poco, lo que les dio tiempo para salir y pillarme. Cuando me alcanzaron, el Bocas se puso a afearme la conducta y a echarme en cara el querer largarme sin ellos porque algo bueno habría cogido por mi cuenta, ¡ya ve usté!, que cuando tal oí, ganas me dieron de partirle los dientes para que no creyera que éramos todos de la misma laya... Conque me dejé cachear, para no pasar a mayores dada la situación, y cuando se convencieron de que no tenía nada les dije:

—«Soy libre de irme y allá vosotros. De primeras, porque no soy ladrón; y en segundas, porque ese hombre puede despertarse y también otra gente de la casa, y tú eres hombre de hacer cualquier animalada, que te conozco bien, aunque no te conocía tanto como ahora te conozco. Conque dejarme ir, pues ya sabes que yo también tengo mi carácter y sé tirar por la calle del medio, si a la mano viene».

—«Aguarda un instante, Castizo —bisbiseó el Bocas por lo bajo, cambiando su intención al hablar y hablándome con más aprecio—. Tienes que perdonar, uno a veces se ciega... No te vayas, que saldremos todos en seguida. Ya sabes que no vine aquí más que para estar con esa mujer. Lo que cogí no me importa nada y si quieres te lo doy, para que veas... Pero ¡por estas! Que no me voy sin estar con esa mujer. Cuando la encuentre, ya no me importa que os larguéis. ¡Te lo pido en amistad, Castizo!».

Barbullaba todo aquello muy aprisa, como poseso; y le digo a usté que, aunque no soy yo hombre de dejarme amedrentar por cualquiera, daba reparo verlo así, a la luz del quinqué, con tal determinación en los ojos como si fuese hombre, él solo, en aquel momento, de derribar una pared, cuantimás un semejante.

El Milhombres, aunque también tenía su miedo, pero animado de la rabia que le venía cuando el otro hablaba de estar con mujer, se puso a rencomiar por lo bajo:

—«Tiene razón este... Vámonos ya, no seas terco. Con lo que llevamos, hay de sobra para arreglar todo lo que venga o para largarnos del pueblo y no volver. ¡Vámonos ya, no sea el diablo que...!».

Pero Juanito no se avenía a razones, y menos a las del otro. Me miró, y cuando vio, o creyó ver, que yo no me negaba, que ya ni sabía qué hacer ni qué decir, pues todo lo que no fuese pelear con él y tumbado resultaba inútil, se echó a andar por el corredor adelante, soltando juramentos y desafíos casi en voz alta, ya como loco del todo, abriendo las puertas de una patada, que se abrían casi solas, pues estaban todas ellas sin llave ni pasador.

Entramos en varios de aquellos gabinetes sin tropezar con alma de este mundo, que ya era mucho misterio aquel, como para sofocarlo a uno... Por lo visto en aquella

casa no había nadie, y por lo tocante a mi, más deseaba que apareciese alguien, fuese quien fuese, y andar a golpes o a facazos y no aquel silencio, y tantas habitaciones, llenas de cosas ricas y de mesas puestas, como para grandes comidas, encendido todo y aquellas camas, como acabadas de hacer, en las que nadie dormía...

Iba el Bocas con los dientes apretados, silbándole los alientos del pecho, separando los cortinones de las camas y revolviendo las ropas con la punta de la espada, pegando sablazos en las colgaduras y abriendo los armarios de un tirón, más rabioso a cada paso...

Y así fue como fuimos a dar a la galería que habíamos visto a la mañana por la parte de afuera. Por dentro era muy espaciosa, como una sala larga, toda llena de tiestos con plantas de mucho altor, casi como arbustos, que le dicen; y una de ellas subía en enredadera tapando todo el techo. La luna, que ya iba baja, daba ahora de lleno en los cristales. Apagamos el quinqué y todo quedó borroso en medio de las plantas, con aquel resplandor, como cosa de aparecidos... ¡Coño, con la casa aquella que aún me hace sudar! Volví a decirle:

—«Vámonos, Juan, ya que estamos aquí... Ya ves que la mujer no está en la casa. No nos metamos de nuevo. La galería es baja y podemos saltar... Tal y como van las cosas, esto no puede acabar bien...».

En esto fue cuando vimos, al fondo del corredor, que era largo como una calle, luces que se movían adespacio. El Bocas cerró con cuidado la puerta de paso a la galería, echándole llave por de fuera, y empezamos a andar donde suponíamos que había una escalera de bajada al jardín... Ya comenzaban a oírse voces cerca de la puerta. Y fue ahí cuando Juanito, que, como siempre, iba adelante, se paró en seco... Reculó hacia nosotros para decirnos al oído, casi sin poder dominar las hablas:

—«¡Ahí está, ahí está!».

—«¿Pero quién?».

—«¡Ahí, ahí!».

—«Pero ¿quién centellas está ahí?».

¡Pues era verdad...! Detrás de una planta tupida, de hojas grandes, estaba la hermosa señora, vestida de blanco, mirando hacia el jardín, lo mismo que a la mañana, con los brazos estirados, los ojos quietos y grandes, que de lleno les daba la luna, y tan bonita como cosa igual no se había visto en el mundo.

Tanto nos acercamos por detrás de las hojas, que miedo teníamos hasta de alentar, que a mí me batía tan fuerte el corazón que tenía que oírse. Estaba sentada en una silla de ruedas, muy alta, y tenía una criatura en el regazo.

El Bocas salió, poco a poco, hasta quedar detrás del respaldo, y empezó a decirle, muy bajo:

—«Señora, no pase cuidado que nada le haremos...». —Le temblaba la voz. Yo esperaba que ella diese un grito al percatarse de que alguien la hablaba, pero nada dijo ni se movió. El Milhombres, pegado a mí, temblaba como un mimbre y estábamos los dos trasudados como en el rigor del verano. Tanto era nuestro pasmo

que ni nos cuidábamos de los porrazos que empezaron a dar en la puerta y de las voces que gritaban, *secur, secur, voler, voler!*, o algo semejante.

Juanito miraba a la señora, alelado, con un sonreír que parecía el puchero de un chico que va a llorar, pero la madama talmente como muerta.

—«Señora...» —le repitió, casi al oído y aventurándose a cogerle una mano. Pero aún no lo había hecho, cuando la soltó de repente, como si se hubiese quemado. Con este movimiento, el niño cayó al piso y se hizo pedazos en los azulejos. El Bocas, ya repuesto, la cogió con rudeza, por la nuca, como si la fuese ahogar, y la mujer se fue para un lado, enteriza, con los brazos tiesos y las manos abiertas.

—«¡La madre que lo parió, grandísimo hijo de puta de loco!» —gritó, y pegando una tremenda patada a la silla dio con la señora en tierra, que allí quedó del mismo modo, con los ojos abiertos y las manos estiradas. Luego de andar unos pasos, aún volvió, y, lleno de sana, hundió dos veces el tacón en la cara de la muñeca y la dejó llena de agujeros, mismamente como una calavera rota.

Llegamos sin huelgo al remate de la galería y, efectivamente, allí había una escalera de piedra que daba al jardín... Atravesamos este en el mismo instante en que empezaban a verse las luces por la galería, pues la gentes aquellas entraron por otro lado y a poco nos cogen en medio.

Y sin parar de correr llegamos a la Estación...

CAPÍTULO V

—No señor, lo del Campo de las Mulas fue después. De primeras, fuimos a la Estación... No sé si ya dije que teníamos la idea de coger el tren mixto que pasa, a eso de las cinco de la mañana, para irnos a Monforte de Lemos, hasta que se calmase un poco el rebumbio; y si no se calmaba, también se habló de seguir para la parte de Asturias, donde, por lo visto, hay buen trabajo en las minas de carbón, que además no le preguntaban a uno de dónde viene ni quién es.

Pero cuando ya habíamos pasado la Puente Mayor me encontré con el viejo Paderne, el del carromato. El Paderne me tiene estimación porque me conoce desde crío, que fue compañero de mi padre cuando estaban de barrenderos en Cádiz, que aún su mujer viene a ser parienta no carnal, de mi madre... Salió de detrás de las bestias, pues estaba enganchando, cuando los otros ya habían pasado, que yo iba más despacio por mor de los pies, con licencia, y más ahora que iba descalzo... Con que me cogió por un brazo y me dijo que haríamos bien en no llegar a la Estación que andaba por allí la pareja de la guardia civil, rabiosa por echarnos el guante. También me dijo que nos largásemos lo más lejos posible, que ya se había corrido por el pueblo lo que habíamos hecho... (y eso que no sabían todo, pensaba yo); que las malas noticias nadaban aún de noche entre el sueño de las gentes, y más por el barrio de la Estación que hay trajín a todas horas, y que si tumba y taramba y esto y otro... Pero me aclaró que, además de la reyerta del Bocas con Balbino el Cebolla, en la taberna del Narizón, donde el Balbino quedara por muerto de un facazo en el vacío, se nos achacaba el fuego del pazo, que había sido tremendísimo, como no se recordaba otro igual en muchos años; que al alquitarero lo daban por perdido de tanto como se había quemado queriendo apagar, y que ardiera todo el ganado fino y los cerdos de ceba, además de los otros estragos en la casona, y que si nos pillan nos iban a matar a palos sin esperar la justicia...

Conque fui y le di las gracias, luego de aclararle que el asunto no era para tanto, y que al respectivo del fuego más habían nadado en ello la mala pata que la intención.

Cuando le dije todo esto al Bocas, de comienzo quiso quitarle importancia, como hacía siempre, pues era de esos que se engañan con sus propias palabras. Pero, con todo, dimos vuelta a buen andar aunque sin correr para no llamar la atención.

Al pasar de nuevo por el alto de la Puente Mayor me vino un pronto del «pensamiento», tan fiero que casi salto el pretil y me tiro al río desde las cien varas de alto que allí tiene. No faltó ni esto, perdonando la manera de señalar, para hacerlo, pues durante un momento no fui dueño de mí... Creo que me libró aquel apretón que me cogió las sienes y aquella flojera de las piernas como si fuera a perder el sentido, que aún los otros echaron mano de mí y me animaron con palabras de aprecio. Al llegar a la otra banda, el Milhombres trajo aguardiente de la taberna del Sacristán que estaba armando el tenderete a la puerta. Estábamos seguros de él como hombre capaz

de callarse, pues tiene casa de dormir los mandantes y moynantes de feria, y muchas veces estuvo a la sombra por encubridor. ¡Buena falta nos hada la bebida para no caer del todo!

La primera botella, pues eran dos, la despachamos sin dejar de andar, tal si fuese agua de la fuente, que, a las veces, uno bebe así, como si fuese remedio de botica. Y si no se bebe, pues... íbamos de prisa para salir de la carretera y meternos por caminos desviados. Yo no sabía qué hacer de mí y me veía acabado de todo... Pensaba en mi madre, en la Rajada y en el pequeño como si los pensase desde el otro lado de la muerte, y hasta ganas tenía de llorar, yo que no lloro nunca... Todo había cambiado tanto en tan poco tiempo que ya nada tenía que ver conmigo, con el hombre que determinara ser el día antes cuando hice las paces con mi mujer para vivir a conciencia, como hombre trabajador, echando mano de mí y de los míos... La perdición me había salido al camino con aquellos desgraciados y me veía metido en cosas que nunca enjamás había pensado hacer. Y lo que más me dolía es que todo me viniera a ocurrir cuando me había determinado a ser hombre cabal, como si una maldición hubiese venido a privarme de ello en el mismo instante en que lo ponía por obra, que maldita sea la...

—

—Sí, señor, sí, que ya me hago cargo de que ahora nada vale el quejarse ni el llorar, pero de algo me sirve para sacarme este peso del pecho que semejairme a ahogar, y de este venirme el «pensamiento» a cada paso que no me deja desde que aquí me trajeron, aunque mucho es lo que hago para disimulado, y además sin bebida para poder salir de esta sofocación... y menos mal que usía es tan bueno que no me deja llevar al cuartelillo, porque entonces sería ya perder el juicio... Porque usía tiene que considerar que un mozo, con todas sus fuerzas enteras y con sus cosas en su sitio, tenga que aguantar que otro hombre, aunque fuese su padre, le ponga las manos en la cara una vez y otra, y sin podérselas devolver, esposado como lo tienen a uno, que hasta no me cabe en la cabeza cómo puede haber cristianos tan asquerosos y mal nacidos que se pongan a pegarle a otros hombres que nada les hicieron, ni les faltaron ni los conocen y que no se pueden valer, que eso ni es justicia ni carajos que la fundó, porque...

—

—¡Disimule, señor! Le pido que me dispense, pero lo que usía no sabe es que uno se vea frente a esos tíos mandones, que ni son del pueblo, y que se ponen a soplamoquearlo a uno, como quien lo hace para divertirse, y que le hacen a uno salirse de su natural y echarse a decir putadas, con lo cual aún se enfadan más, y dale que... Pero le juro por Dios que si hay que ir a la cárcel o al presidio se irá, pues el que las hizo tiene que pagarlas, que esta es la justicia, aunque no lo hiciera con intención, y qué se ha de hacer... Pero si me vuelve a mandar con esos, juro por la leche que mamé...

—

—Sigo, sin más, y Dios le pague la paciencia que tiene conmigo. ¡Muchas gracias!, ya no sé cómo decírselo, que para no ser usted de aquí bastante considerado es, y no como ese sayón mandamás, que forastero tenía que ser...

—

—No, señor, no quedé mudo... Me dio mucho aquel el modo como usía me gritó, que nada dije contra usted ni le puse esa intención, así Dios me salve. Y si se me fue algún juramento, ni cuenta me di... Porque usted debe considerar la situación de un hombre que, sea lo que sea, nunca pensó en verse en cosas de justicia. ¡Y tantas horas como llevo sin ver a nadie, como no sea a aquellos...! Sin comer, sin beber ni dormir, empujado de aquí para allá, preguntándome para luego no dejarme responder, o haciéndomelo tragar cada vez que voy a contestar, sin poder pedir una gota de agua, ni siquiera poder hacer mis necesidades sin tenerlos ahí, mirando, que hasta vergüenza tendría que darles.

—

—Ya sigo, ya... Déjeme encaminar de nuevo la cavilación... Aquellos tragos nos animaron un poco, aunque no tanto como antes; pues, al menos yo, era bien claro que no podía seguir bebiendo según tenía el estómago, como con fuego y también bascas, perdonando. Los otros se habían puesto alegres o al menos lo parecían, e iban tan campantes después de todo lo que habían hecho, que no sé cómo hay gente de tanta despreocupación. Iban delante, cogidos de las cinturas, con la manta por encima, que siempre les daba por eso al ponerse cariñosos en el primer pronto del trago. La verdad es que esta vez se me figuraba que querían aparentar, uno para el otro, que estaban menos preocupados de lo que estaban, como si quisieran convencerse de que todo habían sido como cosas comunes de las parrandas y que todo tendría que pasar como pasaron otras... Les iba yo muy de cerca, pues ahora era yo quien andaba con recelo de que se fuesen sin mí, pues ellos tenían dinero y yo no; y, además, con aquel cojear y el quejarme, más les era un estorbo...

Seguíamos rodeando por las afueras, por los senderos que se entraban en las viñas, teniendo que saltar cercas de piedra cada tanto, yo con mis pies como un nazareno, sin poderme calzar, con aquel frío, hinchados, a más de llagados.

Del bulto de aquellos, que en vez de dos semejaban uno con cuatro pies, salía la voz del Milhombres aún más amaricada, como se le ponía cuando el otro lo trataba bien, y era un hablar de los dos con requiebros, como palique de cortejo, que no se sabía si lo hacían de burla o de verdad, y que, aunque con la manta no se veían, se sentía que iban dándose toques, pellizcas o así. Porque era en estas cuando el Milhombres se aprovechaba del otro, pues cuando Juanito se encontraba cabal no se lo consentía, o al menos no se dejaba ir hasta aquellas cerdadas que no semejaban cosas de hombres machos. Por lo que yo cavilo, en tanto como he andado con ellos sin poderlo poner nunca en claro, no sé si el Bocas bebía para que el otro se aprovechara o si el Milhombres lo hacía beber para aprovecharse. Pero lo cierto es que cuando se metían en copas siempre andaban así, que mucho se lo teníamos

criticado, aunque al Juan le diesen aquellos prontos de zurrarle, viniese o no a cuento; que también podría ser que el otro le gustase la solfa, pues entre ellos todo era así, muy embarullado. Era mucho caso este, del que se había ya hablado tanto en las tabernas, aquella mixtura de acariñarse y darse leña que era no tener fin...

La escarcha que caía cortaba los dientes, que nunca había yo tenido frío igual, que hasta se me sacudían de suyo las carnes, como si tuviese calentura. En cambio, los pies me iban ardiendo y en algunas partes era como si ya no los sintiese, que los dedos ya no los sentía... Conque llegó un momento en que ya no pude más y me dejé caer, a la ventura de Dios, como aquel a quien tanto le da una cosa como otra, y que venga lo que viniere... Era una gran cansera lo que sentía y unos remolinos en la cabeza, como vahídos, que le dicen, que todo me empezó a dar vueltas...

Cuando los otros se apercebieron volvieron por mí y me llevaron casi en el aire. El Bocas se puso a animarme, diciéndome que ya estábamos llegando a un abrigo que él sabía, donde podríamos escondernos y pensar alguna determinación, sin miedo a que nos pescasen... Juanito estaba muy raro, y tan pronto parecía lleno de confianza y alegre como enfadado y dudoso. Al revés de otras veces, era el que parecía más bebido, tanto en el andar como en las palabras.

Desde que me pusieran en el medio, el Bocas había vuelto al tema de querer estar con mujer. Verdaderamente se había quedado con aquello en las mientes, aún más desde que le marrara el asunto de la que resultó ser muñeca; que, dicho sea de paso, es para reventar al más pintado, sea dicho con licencia... Pero cuando el Bocas se ponía temoso, y mucho peor cuanto más cansado y bebido era mismamente como una mula fuera el alma, y no había dios que lo parase. Aquellos grandes ojos de niño que tenía se le ponían fijos y asustados, y lo poco que hablaba era entre dientes, con las quijadas duras, como si en vez de hablar gruñese, que había que poner mucho sentido para entenderlo. Conque le daba por decir a cada paso, con su hablar tartajoso:

—«¡Me caso en tal, que tengo que estar con mujer que no sea puta...! Si fuerais buenos amigos...».

—«¡Vamos, vamos! ¿Qué falta te hace a ti? Ahora sales con esas» —cacareaba el otro, queriendo animar la risita, que ya no le brotaba.

—«¡Me caso en brena!, que no quiero putas, que quiero mujer...» —seguía, con sonsonete de curda.

Y así íbamos, a trompicones, sin poder contrapear bien la marcha, tapados por la cabeza... Cada tanto se paraban y le daban otros metidos a la botella, que y no sé cuánto eran capaces de aguantar aquellos cuerpos. El maricuelas, que yo suponía el más flojo, aguantaba aún más que el otro; y el Bocas, después de cada trago, carraspeaba y volvía a la monserga:

—«... que ya vos dije que me llevéis a estar con mujer de verdad, coño, malos amigos...».

—«¡Si no puedes con tu alma, badulaque...! Dale otro beso a esta, anda...» —y le metía el gollete contra los dientes, que era más lo que caía que lo que tragaba...

Yo terminé apartándome de ellos, porque no aguantaba más, que, a veces, hasta me pisaban, y los seguía tranqueleando como pude. Por el aire venía un olor mezclado de aguardiente y agua de aroma, fuertísima, que el Milhombres le echaba al otro de un frasco pequeño que había arrapañado en la casa del caballero loco, y aquellos olores juntos me daban ansias en la boca del estómago, perdonando, que todo semejaba oler igual, hasta el aire y el humo del cigarro.

De repente el Bocas se paró, mirando hacia un lado como si le hubiera venido una idea o buscara un camino, o las dos cosas. Apartó al otro de un empujón, saltó un vallado de piedras, que enveredaba el sendero por donde íbamos y se metió, a campo traviesa, por la quinta del Abad de las Monjas. Por el modo de coger la andadura, a grandes zancadas, casi corriendo, me di cuenta de que verdaderamente le había venido al caletre alguna ocurrencia, así, de pronto, y que iba a ponerla por obra, sin más, como hacía siempre. Porque siempre era así. En cuanto se le entraba una ventolera tardaba más en pensarla que en ponerse a hacerla. Y cuanto más loca o más de peligro, más duro que te pego y más a hacerla de contado.

Así iba ahora, apresurado, destemido, que hasta el andar se le había afirmado y costaba trabajo seguirlo. De este modo fue como llegamos al Campo de las Mulas, que, como usía me enseña, es el lugar donde los barrenderos municipales echan la basura de la ciudad.

Estaba el terreno, en algunos tramos, todavía empapado por la mucha agua del día, y se nos hundían los pies hasta media pierna en las moreas del barredadajo, que olía a podre. Pero, por la mayor parte, estaba duro y escarchado; y por las partes más lisas, el hielo como piedra; de modo que había que ir subiendo y bajando por los montones para no escoñarse de un resbalón.

En medio del campo hay una poza grande o lagunilla, que allí hacen las aguas llovedizas, que en el verano se llena de tábanos y moscones, con un vaho que apesta todo el contorno, como se sabe; por cuyo, nadie quiere vivir allí. Ahora la poza estaba grande y hecha un carámbano, puro hielo toda, talmente cristal, en medio de los montones de estiércol, perdonando, y brillaba, como un espejo embazado, en un recanto, por donde aún la cogía la luna.

Aunque nada dije, en cuanto allí llegamos ya empecé a sospechar lo que aquel mal cristiano tramaba, pero casi ni a pensarlo me atrevía de tanta barbaridad como era.

En un alpende que allí hay, algo apartado del campo del cisco y medio tapado por unos mimbrales, vivía Socorrito, la loca... Supongo que usía la conoce de antecedentes, pues cualquiera que lleve algo de tiempo en el pueblo la tiene que conocer y aún cogerla simpatía. Es una mujer todavía joven, guapa, de buena estatura y muy derecha, pese a los estragos de la vida que lleva la pobre. Apareció, hace unos años, por las rúas de Auria, como aparecen siempre esos locos, que nunca se sabe de dónde vienen, con un niño de trapo muy apretado contra el pecho, como dándole de mamar. Cuando aquí llegó, tenía la piel fina y blanca y el pelo negro, muy crespo,

que en vez de caérsele se le quedaba ensortijado alrededor de la cabeza como una corona, que es un decir. De las hablas muy modosa, y siempre hablaba el castellano, como hacen las aldeanas de la región en cuanto pierden el juicio, que en lo que más se les empieza a notar es en eso de echarse de pronto a hablar castellano. Pero, con todo, semejaba una señorita de pueblo, con las ropas siempre muy cuidadas, aunque bien se echaba de ver que no eran suyas..., y aquel fino menearse al andar, y también los dientes parejos y muy blancos, que dizque se los limpiaba con pelus de naranja y ceniza, vaya uno a saber...

Al poco tiempo ya toda la gente la quería y le daban de comer y de vestir, aunque no era nada fácil que lo admitiese, pues decía que qué se creían, que ella no era pobre de pedir por las puertas, sino que estaba acostumbrada a comer en mesa con mantel y servida por criadas; que, digo yo, todas esas cosas serían figuraciones de la locura que le daba por ahí... y en lo tocante a la ropa, por cada prenda que se le daba, había que darle otra para el niño, aunque en esto se conformaba con cualquier retal pequeñito que no valía ni para vestir un dedo... y cuando cogía estas cosas no daba nunca las gracias, aunque en lo demás era siempre de muy buena crianza, propiamente como una señorita principal; y todo lo que decía era que «ya pasaría el mayordomo a pagar la cuenta», que nunca se sabe quién les enseña semejantes cosas a los orates... ¡Pobre Socorrito! Alguna gente de medios quiso recogerla, y algunos lo hicieron, pero cuando esto sucedía, daba en extrañar tanto que decaía hasta perder la salud y cambiaba su buen natural por muy mal genio, de modo que había que dejarla ir otra vez... Entonces volvía al alpende aquel donde los barrenderos guardaban los carros y las escobas, y allí vivía, rodeada de cunas de desecho que le daban, que era lo que la contentaba más, y de otras que le hacían, imitadas, los carpinteros, con cuatro tablas, o que ella armaba con cajones que pillaba por allí; pues, según decía, tenía que tener veinte hijos, cada uno de un padre y todos hombres... Esta era su manía, y en el pueblo se dijo que había dado en loca desde que la deshonrara un portugués, serranchín de bosques, que la forzó siendo niña, que de todo hay en este mundo...

Los mozancones de Auria le hacíamos burlas cariñosas, que nadie se propasaba a más, sobre su tema de querer ser madre de tantos hijos, y le preguntábamos, una y otra vez, sabiendo lo que nos iba a contestar:

—«Socorrito, ¿quieres que te haga un hijo?».

Entonces ella, sin dejar de sonreír, y siempre del mismo modo, como ensayada, se acercaba a uno, y, luego de olerlo un rato, decía:

—«No puede ser, no puedo tener un hijo tuyo, porque hueles mal».

«¡Dispensa!».

En cambio, cuando pasaba un señorito buen mozo y bien vestido, aunque fuese con una mujer, se le acercaba y le decía, con mucha delicadeza:

—«¡Qué bien hueles...! ¿Cuándo vas a hacerme el niño?».

—«Mañana, Socorrito, mañana, que hoy voy de prisa» —era la contestación

cariñosa y, a las veces, hasta así como un poco triste, que la gente fina le daba; porque, en verdad, era cosa de mucha tristeza todo esto. Y...

—

—Ya me parecía que tenía usted que conocerla y que no estaba diciendo nada nuevo. Pero en medio de tanta asquerosidad me daba gusto hablar de Socorrito por mor de...

—

—Está bien, sí, señor; también yo quiero acabar de decirlo hoy todo...

Conque el Bocas le pidió a Eladio el Milhombres el frasco del agua de olor y se echó encima todo lo que quedaba. Después le dio un metido a la botella hasta acabarla y la tiró lejos. Y, con la misma, se echó a andar, muy resuelto y piernabierto.

—«¿A dónde vas en esa disposición, animal grande? —empezó a gritarle el Milhombres, que, por lo visto, nada sospechaba. El otro no contestó y siguió, subiendo y bajando por los montones del cisco—... ¡Espera, que voy contigo!».

—«¡Tú no vienes nada, y si te mueves...!» —gritó Juan, ya de lejos parándose un instante y con su modo de decir ciertas cosas, que contradecirlo era tanto como tener que pelear.

—«¡Pues que te parta un rayo!» —le respondió el Milhombres, dejándose caer y envolviéndose en la manta como quien se dispone a dormir.

Todavía se vio al otro un buen rato subiendo y bajando por los montones, apareciendo y desapareciendo, pero en una dirección que no era la del alpende, que lo hacía así como gran raposo que era para engañar. Pero yo tenía la certeza de lo que matinaba, y tanto me desasosegué, que quise ir tras él para hacerle algunas reflexiones. Pero seguramente tendría que pelearme y casi no tenía fuerza para tenerme en pie, cuantimás para pelear con aquel brutazo al que no podía doblar toda la bebida que llevaba en el bandullo.

El Milhombres estaba como adormecido, pero no dormido. La pítima le daba por canturrear esas melopeas que las mujeres cantan en las novenas y procesiones.

Yo no podía con la desazón, porque si consentía lo que estaba sospechando iba a quedarme un cargo de conciencia de por vida. Sabía yo demasiado que otros cobardes habían intentado aquello mismo, y que Socorrito, que era muy recia y valiente, y, además, con esa fortaleza que da la locura, se iría a defender hasta lo último. Y, por otra parte, como yo conocía bien al Bocas, sabía también que si le fallaba la astucia del perfume que se había echado para oler a señorito, no era hombre de pararse en barras para salir con la suya.

A poco se perdió a lo lejos. Por lo tocante a mí, aún con todo lo que cavilaba, era tanto mi desfallecimiento que, en cuanto caí en el suelo, ya comencé a sentirlo todo como el que está soñando.

La luna había desaparecido y subía del campo un humazo, así como una niebla, que se quedaba un poco alto. Por las cimas del Montealegre se venían, aún muy apagadas, las luzadas del día, lo que hacía el campo todavía más oscuro... Entre los

montones del cisco andaban muchas ratas grandes revolviendo en los desperdicios, a veces tan junto a nosotros que nos pasaban por las piernas como si fuésemos difuntos.

Yo me sentía como agonizando, esa es la palabra. Y no acertaba a entender si aquella cansera era cosa del cuerpo tan maltratado o del «pensamiento» que se me venía de otro modo. Pero fuese como fuese, me sentía a morir, que nunca me sentí igual, que tanto me daba una cosa como otra, y me dejaba ir en aquel caerme sin fin, como si en vez de estar acostado estuviese en el aire; que aún me quise coger, con todo el poco sentido que me quedaba, a la idea de mi madre, de mi pequeño, y no lo conseguía como si se me fuese deshaciendo el ser, que ganas me daban de dejarme ir así, yendo, yendo, hasta parar en la muerte...

—

—Sí, señor, seguía allí, apegado a mí. Se había quedado así, embrullado en la manta. Con el frío, supongo yo, se le había enconado aún más la herida del pescuezo, pues no quitaba de allí la mano. Estaba con los ojos cerrados, pero no dormía. Movía, de vez en cuando, la cabeza para los lados, como si se acunase, y seguía farfullando por lo bajo los cantos de iglesia. En una de esas pegó un brinco y se quedó a cuatro patas vaciando, por boca y narices, todo cuanto tenía en su cuerpo, a chorros, quejándose, como parida, a cada golpe de la vomitona. Se echó luego panza arriba, retorciéndose y restregándose el vientre como quien siente grandes dolores... Conque encendí una cerilla y vi que tenía los labios con sangre y la cara muy blanca y sudada... Yo no sabía qué hacer... El día venía muy adespacio y envuelto en aquella niebla que se levantaba más espesa cada vez...

Y fue en esto cuando se oyó a lo lejos un grito tremendísimo, con voz de mujer, que lo llenó todo. Yo me levanté de un salto cuando el grito asegundó aún más fuerte. Después siguieron otros más cortos, como ahogados. A mi lado estaba el Milhombres, mirando también en aquella dirección.

—¿«Que es eso»?

—«¡Qué quieres que sea! Ese animal, que está con la Socorrito...!».

Y con la misma me eché a correr en procura del alpende, que estaba como a doscientos pasos, en un desnivel del terreno, cayéndome y levantándome en los montones del cisco. El Milhombres, al parecer, se había quedado. Pero, a poco de andar, sentí que llegaba corriendo y en seguida pasó a mi lado, con una navaja abierta en la mano. Sacando fuerzas de no sé dónde, pude alcanzarlo. Sin dejar de correr los dos lo pillé por un brazo y volvió hacia mí una cara que no le había visto nunca, todo juicio, que hasta no parecía él.

—«¡Me las va a pagar todas juntas ese maldito de su...!».

—«¡Párate ahí, Eladio, que te vas a perder por un canalla...!».

Y fue en ese momento cuando me tiró esta cortadura en el pulso, para librarse de mí, que me lo cogió de lleno y empezó a salirme la sangre como de un grifo...

Con todo, no lo solté y juntos llegamos al alpende y juntos bajamos, como

cayendo, por el desnivel, de tal modo que casi nos estrellamos al dar contra la puerta que se abrió de par en par.

El Bocas apareció, saliendo de lo oscuro, con los pantalones a medio levantar y la barriga descubierta... Sin decir palabra, Eladio se fue a él, le hundió la navaja y rasgó hacia un lado, sacándola luego para tajear más abajo, con intención de llevarle las partes, con licencia, que aún creo que se las alcanzó. El Bocas se dobló sobre sí y echó las manos al vientre como para recoger todo aquel estropicio que asomaba a la herida... Aún quiso mantenerse en pie, pero cayó de costado, apretando aquello contra sí...

El Milhombres salió corriendo. Yo también, pero poco pude, porque las fuerzas que había juntado se me acabaron no solo por la sangre que perdía, sino por aquella gran desgracia que acababa de ver. El Eladio, que debía de ir ciego, cogió hacia la laguna, y aún le vi seguir unos pasos por el hielo, que hizo un ruido de cristal al romperse, y se hundió, gritando hasta desaparecer.

—Y así fue cómo me encontraron los barrenderos, según luego supe. De no haber caído privado, yo mismo hubiera ido a avisar a la justicia, como aquel que nada tiene que ver en el caso de las dos muertes, como no sea que fueron a la vista de uno, sin que uno pudiera hacer más de lo que hizo... Me duele la muerte que tuvieron, pero, Dios me perdone, era la que merecían, que hasta parece que la buscaban tal como la tuvieron.

Y esto es todo lo que tengo que decir y que Dios nos perdone a todos.

—Sí, señor, esa misma es. Poco se la he visto, pero esa parece ser la misma navaja de Eladio el Milhombres.

—Naturalmente, señor; digo que parece, porque no se la había visto antes. Si eso es o no es el cuerpo del delito, como usted me enseña, yo no podría jurarlo, aunque esa tiene que ser si otra no se encontró allí.

—¡Eso es una tontería, y hasta semeja cosa de mala fe, sin faltar a nadie! Yo no soy hombre de navajas ni de pependencias, puede decirlo todo el pueblo. Y hágame el favor de...

—No, señor, no tengo nada ni me pasa nada, aunque me jodió mucho lo que usía aventuró sobre la navaja. A más de eso, ya está todo dicho y redicho y no hay que andar queriendo socaliñarle a uno más de lo que dijo y de lo que sabe. ¡Ya estoy harto! Ya hablé demasiado y sanseacabó con tanto joder la paciencia, que todo lo que se consigue es que me venga el «pensamiento», que, aunque hace dos días que no paso bocado ni trago, ya ni sé si me viene de hambre o de rabia con tanto andar remegiendo. ¡Ya no aguanto más! ¡Que se sepa que no aguanto más, porque lo que quiero es que me dejen ya tranquilo de una vez, que por la madre que me parió...!

—¡No, no, no; eso no, señor...! ¡Se lo pido por Dios, por sus hijos, se lo pido por quien más quiera! ¡Se lo pido de rodillas! ¡No, que no me lleven estos...! ¡Al cuartelillo, no! ¡Soltarme, hijos de perra...!

Cipriano Canedo o el Cibrián, o el Castillo, o... todavía pudo coger, de un salto, la navaja de encima de la mesa y hundírsela entre las costillas. Porque hay gente de tal condición que para librarse del «pensamiento» tiene que matarlo dentro de sí; aunque nunca quedó claro, entre las gentes del pueblo, si murió de la cuchillada o de los golpes que le atizaron...

Mi tío el «ministro», a pesar de ser persona de orden y, como es fácil deducir de su empleo, muy inclinado a la veracidad judicial, solía decir, entre dientes, que se habían llevado de allí al Castizo con la frente rota, y que al día siguiente, al barrer, había encontrado junto a la mesa unos «cachitos de cosa blanca, así como materia, que también podían ser del meollo que dicen que tenemos dentro de la cabeza».

Al menos esas eran sus palabras...



EDUARDO BLANCO AMOR. No se sabe con certeza la fecha de su nacimiento; Cruceiro Freijomil, en su *Diccionario*, señala el año 1900. Carballo Calero, en la 2ª edición de la *Historia da Literatura Galega*, dice que Blanco Amor nació en 8 de septiembre de 1897 en Orense. Emigró a Argentina muy joven y desarrolló allí una gran actividad periodística. Llegó a ser director de la revista *Céltiga*; durante catorce años dirigió el periódico de la Federación de Sociedades Galegas; fundó y llevó la dirección de *A Terra*, revista literaria. El periódico bonaerense *La Nación* lo envió a España en 1929, donde estuvo como corresponsal hasta 1931. Vuelve de nuevo a España de 1933 al mes de diciembre de 1935. En Madrid estuvo encargado de la redacción de la revista *Ciudad*. Fue profesor extraordinario en la Facultad de Humanidades y Ciencias del Uruguay y en la Escuela Internacional de Temporada en Santiago de Chile. Asimismo fue director del Teatro Español de Cámara de Buenos Aires. Tanto en esta ciudad como en Madrid, se relacionó con personajes del mundo literario; entre ellos puede destacarse su amistad con Federico García Lorca por la importancia que esta pudo tener para la aportación del poeta andaluz a la poesía gallega. A lo largo de toda su vida ha cultivado la oratoria, dando numerosas conferencias ya en América ya en España. Algunas de estas conferencias fueron impresas. Su producción literaria abarca diversos géneros; poesía, narrativa, teatro y ensayo. Inició su actividad poética en 1928 con la publicación del libro *Romances galegos*, de marcado carácter modernista aunque en algunos de sus poemas se pueden ver ya influencias vanguardistas. Su segundo libro poético es *Poema en cuatro tempos*, publicado en 1931, que puede considerarse su mejor aportación a la poesía

gallega. En 1941 publicó el libro de versos castellanos *En soledad amena*, en 1956, *Cancioneiro*, nuevamente en gallego; y, por último, también en castellano, *Horizonte evadido* en el año 1963.

Aunque anunció y comenzó a publicar en la revista orensana *Nós tres* capítulos de la que sería su primera aportación a la novela gallega, *A escaleira de Jacob*, esta obra no llegó a publicarse en su totalidad. Por lo tanto, se puede decir que inició su obra como narrador después de la guerra civil española. Su primera novela publicada fue *La catedral y el niño* (Buenos Aires, 1949). Esta novela se desarrolla en Orense, lugar que es también el escenario de su primera novela gallega, *A esmorga* (Buenos Aires, 1959), que en 1962 fue traducida por él mismo al castellano con el título de *La parranda*. Este mismo año, la editorial Galaxia publicó su libro de cuentos *Os biosbardos*, serie de relatos de tipo autobiográfico, con muy poca anécdota, que presenta como fondo la ciudad de Orense. Concurrió en 1963 con *Los miedos* al Premio Nadal. *Xente ao lonxe*, publicada en 1972 constituye su última obra narrativa y, como toda la obra narrativa del autor, se desarrolla en Orense.

En 1953, en Buenos Aires, aparece la primera edición de *Farsas*, que contiene tres piezas. En México, en 1962, Alejandro Finisterre publica lo que podría llamarse una 2ª edición de las *Farsas*: contiene las tres que ya habían sido publicadas y aporta otras tres más. Edicións do Castro presenta en 1973 *Farsas para títeres*; este volumen es una edición bilingüe, en castellano y gallego, de las seis farsas publicadas ya en México. En febrero del año siguiente publica *Teatro para a xente*, hasta ahora su última aportación al teatro gallego. Consta este libro de tres cuentos escénicos y cuatro piezas: todas, excepto «*A caratua*» y «*Os baralláns*», habían sido representadas, presentadas a concursos o publicadas anteriormente.

Contribuyó también al género ensayístico con los trabajos *Chile a la vista*, *El Padre Feijoo*, *Volviendo a Ortega y Gasset*, *Castelao* y *Las buenas maneras*. Publicó tres antologías: *Rosalía Castro*, *Valentín Lamas Carvajal* y *Antología popular del Padre Feijoo*.

Actualmente (1976) reside en su ciudad natal.

L. E. y C. G.

NOTAS

[1] Fuentes termales de Auria que suministran agua a alta temperatura, para uso público. (N. del T.). <<